

Por el camino de Esperanza

Sergio Lozano Mateos



Por el camino de Esperanza

Sergio Lozano Mateos

Editorial Gradiente 2015
Colección Contrasentido
Género: Aventura, drama.

Diseño portada: Alex Escalada
Diseño colección: Alex Escalada

Cód: Gr-Co-003
www.editorialgradiente.com



PRIMERA PARTE

Vino a dar con Esperanza como aquel que tropieza distraído en el camino, y al levantarse de nuevo descubre que, sin pretenderlo, ha llegado al lugar que había estado buscando. Hay quien dice que alguien puso allí la piedra que le hizo caer, otros hablan de fuerzas ocultas, otros simplemente del destino. Yo me limito a constatar aquí la crónica de lo que vieron mis propios ojos y lo que oyeron mis oídos. Lo demás forma parte de la leyenda de este apartado rincón, tan proclive a dar por verdaderos sucesos e historias que más tienen que ver con la tradición, o la superstición colectiva. La verdad, como siempre, estará enredada entre todas esas cosas, imposible de desentrañar.

Era una mañana soleada del otoño de dos mil ocho y Toni había abierto la capota de su Porsche 911 Carrera para dejarse inundar por el aire fresco y fragante de la montaña. El vehículo serpenteaba suavemente por la ondulada carretera como si fuese pegado al asfalto. En el potente equipo de audio sonaba Combat Rock, de los Clash, procedente de una edición en compacto para coleccionistas, regalo de Núria de su último viaje a

Londres, y único disco insertado en el inmenso cargador del maletero. Había hecho todo el trayecto en silencio, entre sus propios devaneos y el sonido furioso del motor. Pero esa mañana se había sentido diferente. Era la primera vez que permitía a las impresiones del presente abrirse camino a través de sus turbios pensamientos y por una de esas rendijas se había colado una tenue sensación de libertad. Por ello quizás pensó que sería un buen momento para echar esa última mirada atrás. Encendió el teléfono móvil, marcó el número de su casa en Barcelona y esperó a que saltase el contestador. Después tecleó su clave de acceso y los mensajes empezaron a sonar en orden. Tiempo después me reconoció cierta falta de meticulosidad en su huida, pero en aquel preciso instante aún era un detalle sin importancia.

—Toni, ya sé que el polo no es tu deporte favorito —decía la voz telefónica y ronca de su jefe, Andreu Durán, en un catalán insípido y engolado de Sant Gervasi—, pero coño, no me hagas pasar la vergüenza de ir contándole milongas a Romeu, que te pone caras raras aunque le estés diciendo la puta verdad. Anoche te llamé a casa y no estabas. ¿Qué, apurando el cáliz de la libertad? Seguro que estuviste hasta las tantas en el puerto.

«Anoche nada», pensaba Toni. «Y el puerto da asco, está lleno de arribistas y prepotentes como tú». Había dormido en un discreto hotel de carretera a las afueras de Benavente, extenuado, hasta arriba de diazepam,

después de pasarse la tarde conduciendo hacia el noroeste como alma que lleva el diablo.

—Acuérdate de que hoy tenemos la cena con el consejo —seguía la perorata—, y ahí sí que no me puedes fallar. Porque siempre me llaman a mí, pero a quien quieren ver es a ti, que no sé qué les das...

Toni pasó al siguiente mensaje sin escuchar el resto. Andreu Durán esgrimía siempre esa condescendencia de compadreo con él, como diciéndole que se apuntaba una para cuando le viniera en gana, que todos somos humanos. Sobre todo tras haberse bebido las reservas de Macallan 12 de las caballerizas del club de polo de Barcelona.

—¿Se puede saber dónde estás? —preguntó una voz áspera de mujer—. Sayima me ha dicho que no has dormido en casa, que la cama estaba sin deshacer y el traje en el vestidor. Espero que no estés haciendo una de tus tonterías. Y si es así, espero que te acuerdes de que vuelvo el viernes, y que tienes que llamar al restaurante para confirmar los invitados...

Núria no tenía ni idea de la que se le venía encima. El contestador terminó de repasar los mensajes y la voz estridente de Strummer volvió lentamente a llenarlo todo. Toni apagó el teléfono y hundió un poco más el pie en el acelerador para ponerse al ritmo de la música. En ese momento un tractor enorme se incorporó a la carretera como si por allí no pasara nunca nadie. Toni frenó y estuvo un par de minutos buscando el hueco para adelantar, pero la orografía cambiante y la estrecha

calzada le hicieron desistir y quedarse tras el tractor. Unos metros más adelante un cartel anunciaba la proximidad de un área de servicio. Miró la aguja del combustible y decidió que era un buen momento para repostar y tomar un café. Tomó el desvío hacia el pueblo y perdió de vista al tractor.

La estación de servicio no consistía más que en una vetusta caseta de ladrillo y un solitario surtidor desportillado. Parecía incluso abandonada. Toni salió del coche y echó una mirada alrededor. No se oía más que el murmullo del campo. A algo menos de un kilómetro se distinguía un conjunto de casas en la ladera de la montaña, pero tampoco se apreciaba movimiento. Hacia abajo podía ver la amplitud del valle por el que había llegado hasta allí. Estaba a punto de marcharse cuando escuchó el sonido de una cisterna descargando. Volvió la mirada al pequeño refugio y escuchó una puerta metálica que se abría. De la parte trasera venía un hombre encorvado, colocándose en su lugar un mono azul desgastado. Levantó la mirada al toparse con el flamante deportivo negro y de su boca salió un gruñido parecido a un saludo.

—Lleno, por favor —pidió Toni amablemente.

El hombre tomó la manguera y se acercó a la parte posterior del coche, dubitativo. Toni alargó la mano al interior del vehículo y presionó un botón. Una pequeña compuerta se abrió justamente al otro lado, sobre la rueda delantera. El gesto del hombre fue de abierta contrariedad y de un tirón de manguera se acercó al

depósito. Introdujo con rabia el boquerel y descargó el combustible. El viejo surtidor hacía un ruido de mil demonios.

—Pensé que no había nadie —dijo Toni elevando la voz—. Está todo muy tranquilo.

—¿Tranquilo? —contestó el hombre—. ¡Pero si es martes!

Toni permaneció un instante callado, esperando el resto de la explicación.

—Los martes hay mercado —concretó al fin con desgana, señalando el pueblo.

—Ah, comprendo. Deben estar todos allí, ¿no?

El hombre soltó otro gruñido que podría ser de asentimiento, abstraído, con la mirada perdida en el valle. Un tintineo insistente se fue aproximando a ellos desde el camino que descendía de la montaña. Una figura gruesa apareció por la carretera, montada en una vieja bicicleta, dejándose caer sin pedalear y tarareando una canción incomprensible. Al acercarse distinguió a un individuo de unos cuarenta años, de excéntrica indumentaria.

—Buenos días sol, buenos días luna —dijo en cierto tono de burla, al pasar junto a ellos.

Acto seguido se echó a reír de un modo absurdo, desproporcionado, mientras tomaba la curva hacia el pueblo, haciendo aspavientos con los pies. Toni se volvió hacia el hombre, interrogante.

—¡Jipis! —soltó acompañado de un gesto de desprecio, con la mano libre.

Tras un par de segundos Toni comprendió que no debía esperar más explicación. También decidió ahorrarse más preguntas y dirigirse al pueblo por su cuenta.

Siguió la carretera hasta la parte alta y aparcó junto a la iglesia, de cara a un amplio mirador, cogió su bolsa negra de piel y se la colgó al cuello. Bajó tranquilamente la calle principal hasta la plaza. Allí sí había movimiento. A lo largo y ancho del irregular zoco se extendían pequeños puestos de venta, un tanto desordenados y caóticos. Se ofrecían desde frutas y hortalizas a ropa y animales vivos, aperos de labranza, cacharros de cerámica... Todo dispuesto por el suelo, en mesas improvisadas, aprovechando los bancos y la fuente de la plaza.

A Toni aquello le recordaba a su adolescencia, salvando las distancias, a los paseos dominicales por la ronda de Sant Antoni buscando algún tesoro que se pudiera permitir con lo poco que llevaba en el bolsillo. Y sin quererlo se puso a deambular entre los puestos, con alegre despreocupación, como si aquella mañana no tuviera nada mejor que hacer. Apenas había dormido y sin embargo se sentía extrañamente bien, de vuelta a la adolescencia, sedado y ligero. De lo que no se daba cuenta era de que las distancias eran insalvables, que su media melena engominada, su traje de Cavalli, sus zapatos Farrutx y su Rolex de nueve mil euros no eran algo que por allí se viera todos los días. A nadie en el pueblo había pasado desapercibida su presencia. Se

hablaba de él en el comercio, en la farmacia, en el bar de Juan...

Ajeno al interés que había despertado, Toni se paseaba por la plaza encontrándose cada vez más cómodo. No necesitaba para nada una garrafa vieja, ni unas zapatillas de felpa, pero palpaba la mercancía, cotejaba precios. Un pequeño puesto le llamó la atención, quizás por su colorido inusual y lo variopinto de sus objetos. Se acercó entre la multitud y encontró abalorios y colgantes, figuritas hechas con alambre, inquietantes cuadros abstractos, marionetas, utensilios de barro, confecciones de piel y lana, y extrañas piezas de decoración. Observó cuidadosamente la hechura de aquellas cosas, arcaicas y anacrónicas, y a la vez alejadas en cierto sentido de lo tradicional, ajenas como él a aquel lugar. Entonces le sobresaltó una voz suave y femenina.

—¿Buscas algo en especial?

Toni levantó la mirada y encontró los ojos verdes de una mujer de unos cuarenta años, alta, casi más que él, que le sonreía con amabilidad. Llevaba un vestido holgado, de vistosos motivos orientales que confluían en una tonalidad anaranjada. Se llamaba Amaia Lezaun, aunque eso pocos lo sabían porque todos la conocían como Abril. Toni quedó turbado como un chiquillo ante su arrolladora presencia. Se incorporó y paseó una mano por el tapete, un tanto intimidado.

—La verdad es que no —respondió—. Sólo estaba mirando.

—Pero es evidente que estás buscando algo —dijo ella

—. Déjame ayudarte.

Abril se giró para revolver en una bolsa de lona. Toni pensó seriamente en aquel café, y en salir inmediatamente de allí. Quizás debió haberlo hecho.

—Buscas algo, o algo te está buscando a ti —dijo Abril de espaldas, como para sí misma, revolviendo entre las bolsas.

Entonces ese algo le dio una punzada a Toni en el estómago. Ella se giró y tendió una pequeña figura ante sus ojos.

—¿Qué te parece? —le dijo.

En un principio no le vio nada de particular, pero luego, acercándose para apreciarlo bien, tuvo la impresión de haberlo visto ya en alguna parte. Se trataba de una pequeña esfera y un cubo que la atravesaba por uno de sus cuadrantes. En el centro había un orificio por el que pasaba la cuerda que sostenía Abril, y alrededor de él cuatro orificios más pequeños.

—¿Qué es? —preguntó Toni intrigado.

—Un colgante —dijo con tranquila seguridad.

—Me refiero a... ¿qué representa?

Ella lo hizo a un lado, como si sujetase a un escorpión por la cola y lo escrutó un instante con los ojos entrecerrados.

—Puede ser un recuerdo, una brújula que guía tus pasos, o un farol que alumbra tu camino. La verdad es que yo no puedo saberlo —concluyó poniéndoselo a Toni en la mano—. Eso es cosa tuya.

Pero la verdad es que Toni no conseguía ubicarlo.

—Está bien —dijo resignado—. ¿Qué te debo?

—Nada —contestó ella con un guiño—. Es un regalo que le hago yo al colgante.

Toni se fijó entonces detenidamente en ella, de una manera consciente, y sus pupilas se dilataron. No me lo dijo él, sino ella, Abril. Y ella no se equivoca en esas cosas, era serenamente consciente de su belleza, y del impacto que producía en los demás. Toni se despidió torpemente, profundamente confundido.

En la parte baja del pueblo encontró el bar, y entró decidido a pedir un café, pero a aquella hora estaba lleno de comensales, sentados a las mesas. Entonces miró su Rolex y vio que ya eran las dos, así que decidió comer primero y luego tomarse el café. De la cocina salía un olor a rancio similar al de las freidurías de pescado de la Barceloneta, pero la comida, sencilla y sabrosa, le sorprendió de veras. Sólo lamentó que el vino distase tanto del Mas Doix, o el Remírez de Ganuza que habría degustado en algún pequeño restaurante del Born.

Mientras comía observó concienzudamente el lugar. Era un local amplio, con viguería de madera vieja, y visillos en las ventanas. La barra era baja, de mampostería, y el mobiliario de acero y formica barata, que le quitaba todo el encanto al lugar. Por las voces de los clientes descubrió que el propietario se llamaba Juan, un hombre grande y encorvado, y por las voces de Juan concluyó acertadamente que Marina, la cocinera, debía de ser su esposa. Era una mujer menuda y enérgica, que salía de vez de cuando a poner las cosas en su sitio. Las

mesas las atendía quien previsiblemente era su hija, de la que no pudo averiguar entonces el nombre porque todos se referían a ella como chica, o niña. Era María Luisa Gallardo Paredes, efectivamente hija de ambos, de veintitrés años, a la que cariñosamente llamaban Marisa, chica o niña.

El televisor empezó a dar las noticias. Desde la distancia a la que se encontraba le pareció ver el logotipo de la EIB, Edificació i Infraestructures de Barcelona, la última empresa para la que había estado trabajando, y se quedó petrificado. Un sudor frío comenzó a aflorarle en la espalda. Después vio con toda claridad al presidente de la compañía, Artur Casadevall, en una discreta rueda de prensa. Con el ruido del comedor no pudo enterarse de nada, y no se atrevió a acercarse por temor a llamar la atención, pero era capaz de imaginar que la noticia se debía al anuncio de una suspensión de pagos, así que se limitó a terminar su comida en silencio. Pagó y salió a la calle.

Por la plaza parecía que hubiera pasado un ciclón, no quedaba ningún puesto. Un barrendero se debatía en una esquina con unas bolsas revoltosas. Al ver abierta la farmacia decidió entrar, por si acaso le vendían diazepam, o alguna cosa que pudiera hacerle dormir, pero ni la farmacéutica ni las otras cuatro mujeres que siguieron con detalle la conversación estuvieron de acuerdo en venderle drogas sin receta.

Por entonces ya estaba por completo de mal humor. La euforia matinal se había diluido en su estado de ánimo

habitual de los últimos tiempos. Mientras subía la cuesta de la iglesia pudo escuchar ya el enjambre de chiquillos que jugaba en el mirador, pero no fue hasta llegar hasta la misma cumbre cuando se dio cuenta de que el juguete era precisamente su 911 Carrera.

—¡Eh! ¡Fuera de ahí! —acertó a decir corriendo hacia el coche.

Los muchachos, asustados y divertidos a partes iguales, salieron corriendo en todas direcciones, y en un par de segundos habían desaparecido entre las callejuelas. La tapicería blanca de piel estaba decorada por un mosaico de pisadas, huellas digitales y restos de algún bocadillo.

Maldijo para sí a todos los niños del mundo, sacó su pañuelo de seda y limpió los asientos. El día se había empezado a ensombrecer y aprovechó para cerrar la capota, cuyo mecanismo estaba estropeado y era necesario hacerlo a mano y en parado. Después se montó, metió la llave en el arranque y la giró, pero no ocurrió nada. Podría haber sido un mal contacto, de modo que volvió hacia atrás la llave, esperó unos segundos y lo intentó de nuevo. Y de nuevo no sucedió nada, no se iluminó ningún piloto ni se escuchó ningún sonido. Entonces empezó a girar la llave a uno y otro lado, histérico, hasta que terminó pagándola con el volante. Eso tampoco arregló nada y el problema siguió siendo el mismo. El 911 Carrera ya no arrancó ese día.

Toni nació en Fuenterrromán, un pueblecito de la provincia de Almería, en 1972, y aunque no tiene ningún recuerdo de su infancia allí, es un estigma que le ha estado persiguiendo toda su vida. Ni su perfecto catalán, de inclasificable acento entre el de Tv3 y el Alt Empordá, ni todo el dinero del mundo, han podido cambiar ese hecho en apariencia insignificante. Aunque tal vez se habría acercado bastante de haberse casado con Núria Claramunt Fosc. Pero por fortuna no lo hizo, porque precisamente así su pequeña tara dejó de serlo.

El parto fue complicado, treinta y tres horas de contracciones constantes y dolorosas, seguramente debido a la carencia de recursos y de atención durante el embarazo. María Asunción, que así se llamaba la madre, apenas recordó después todo el proceso, que vivió sumida en una especie de trance. Ante el evidente riesgo de eclampsia, la comadrona de Fuenterrromán no dudó en quitarse el muerto de encima, y derivó el caso a un hospital o a un centro que dispusiera de más recursos. Sin embargo, Amancio Herrera, el padre de Toni, no veía la necesidad, puesto que hasta entonces toda su

familia había nacido en el pueblo y no era cuestión de andar malgastando un dinero que no tenían. Ante la insistencia de su suegra, con la que vivían desde la boda, accedió a regañadientes trasladar a su esposa a la maternidad de Vélez-Rubio, cabeza de comarca. Allí tampoco las tuvieron todas consigo, al ver llegar a la pobre mujer en aquellas condiciones, y fueron necesarias varias horas más para estabilizar la tensión arterial y un ritmo cardíaco casi inexistente, hasta que al fin se pudo escuchar con claridad el chillido de un niño sano.

Cuando Asun, como la llamaban todos, recibió el alta en la maternidad tras una semana de convalecencia, y volvió a casa con la criatura, no obtuvo precisamente un caluroso recibimiento. Amancio rumiaba en el bar oscuros augurios para la larga época que les esperaba, con otra boca que alimentar, que iría pidiendo más y más hasta que fuera capaz de producir un sólo grano para la economía familiar. Jorge Manuel, el otro hijo de la pareja, que por entonces acababa de cumplir los cuatro años y había superado sin dificultades el control de esfínteres, volvió a cagarse y mearse en los pantalones como el primer día. Y para colmo de males, aquel verano terminó con una formidable sequía, que aseguró un invierno duro y lleno de carencias. Con este panorama, a María Asunción tampoco le quedaron muchos motivos para estar contenta.

Un año más tarde, sin que las cosas hubieran mejorado demasiado, murió la abuela materna, y tras una ardua disputa por la herencia con los siete hermanos de

Asun, se vieron obligados a abandonar la casa. Como Amancio tampoco se hablaba con sus propios hermanos, únicos parientes que le quedaban, por el mismo motivo oscuro por el que su familia política había desaprobado el enlace, se encontraron de pronto en la calle. Entonces, el cabeza de familia tomó una decisión trascendental, y tras deshacerse de sus pocas pertenencias se marcharon a Barcelona, lugar del que se contaban en el pueblo leyendas fascinantes.

El paraíso estuvo lejos de ser una realidad. En principio los acogieron a los cuatro en una habitación, un primo de Amancio, que apretó a los suyos en el resto de la casa. La convivencia era demencial, con cinco críos y cuatro adultos en cuarenta metros cuadrados. Y así las cosas, Amancio fue pasando por un sinfín de trabajos que nada tenían que ver con los chollos que le habían pintado, y se las veía y se las deseaba para llevar a casa lo justo para vestirse, comer y ahogar sus penas en el bar. Hasta que su suerte empezó a cambiar, dos años después de su llegada a la ciudad, y por medio de un conocido entró a trabajar en el turno de noche de la Seat, que por entonces ampliaba su producción. Eso les permitió alquilar un piso para ellos solos en las Roquetas, de reciente construcción, con tres habitaciones, salón, cocina, baño y un balcón. Tres años más tarde, ya con un contrato fijo en la factoría, consiguieron una hipoteca y compraron el piso a su casero.

Vivían en la calle del Ensalmo, posteriormente renombrada como calle de Joaquim Romeu Figuerola,

banquero y diplomático de principios de siglo, gran aficionado a la caza y amigo personal de Franco. Por entonces Toni ni siquiera sospechaba la extravagante relación que le uniría en el futuro a la eminente familia catalana. Por el momento había una distancia significativa desde el lujoso despacho del fundador de la Banca Romeu, en plena plaza Cataluña, hasta la modesta calle del barrio de las Roquetas, que no se asfaltó hasta la llegada de los juegos olímpicos. Allí todos eran gallegos, aragoneses o andaluces. En la calle siempre se escuchaba castellano, aunque el gallego podría haberse considerado también una lengua habitual en el barrio. Su amigo Carlos era gallego, vecino del tercero, en cuya casa pasaba tantas horas como en la suya propia. Carmiña, la de la tienda de comestibles, que era de una aldea de Lugo, hablaba a todos sus clientes, paisanos suyos o no, en su lengua materna, que era la única que conocía. El catalán, pensaba Toni a los seis años, no era más que lo que hablaba alguna gente en el autobús, y las dos hermanas octogenarias para las que cosía su madre. Por eso le chocó profundamente encontrárselo en la escuela.

En el recreo del colegio público Artur Clement i Langreu, poeta catalán de finales del siglo XIX y tío abuelo de los hermanos Llantada Clement, a la postre socios de Toni en su fugaz aventura discográfica barcelonesa, se ansiaba jugar a una sola cosa, el fútbol. El mundial había sembrado la euforia en la ciudad, o al menos en las Roquetas, y el Barça había hecho el resto al ganar la liga después de una década de sequía. En el

colegio se jugaba religiosamente por cursos, en el campo que correspondía según el rango académico. Desde los mayores, con su pista roja y sus porterías blancas, donde llegaban a jugar a veces veinte muchachos, hasta los de tercero en una esquina detrás del pabellón, con los abrigos y las carteras por porterías, con un máximo de cinco jugadores por equipo porque no cabían más. Y como había más solicitudes que plazas siempre había quien se quedaba sin jugar. Después quedaban otras actividades, claro está, aparte de los juegos de las chicas. Pero no eran más que un premio de consolación.

Asimilada su posición en la jerarquía de la clase, debida en gran parte a la complexión enclenque y deslavazada propia de su edad, lo que a Toni le apasionaba eran las canicas. Era un juego quizás un tanto despiadado y cruel para niños de su edad, ya que en cada partida se perdía o ganaba una bola. Según las palabras del propio Toni, en una buena tarde, uno podía irse a casa con los bolsillos a rebosar, pero lo cierto es que la mayoría de las veces uno jugaba hasta quedarse sin nada, como le sucedía a él. Por eso, puntualmente, se creaban alianzas entre los más débiles, como la de Carlitos y Toni, que iban a medias en todo y nunca se atacaban. Por desgracia eso no era sinónimo de mejora, el resultado era que ambos se iban a casa desplumados y cabizbajos, pero acompañados en su pesar.

Había otros chicos más afortunados, los que terminaban el día con los bolsillos llenos, que pese a no tener el privilegio de jugar al fútbol disponían del

derecho de someter a los excluidos, como era el caso de Lolo Segura, al que no le temblaba la mano en el acto final, ni le conmovía una lágrima. Quedarse mano a mano con Lolo era una sentencia, no sólo de perder la partida, sino de recibir una humillación pública. Y si algún día, por la circunstancia que fuera, conseguían salir con alguna canica en los pantalones, siempre existía la posibilidad de toparse con Rubén Bastera, un gallego corpulento y conflictivo, abusón oficial de la clase, que en el colegio estaba muy ocupado con el fútbol, pero que fuera de las aulas gustaba de limpiar los maltrechos bolsillos de sus compañeros, dejando caer siempre alguna amenaza o unas buenas patadas de propina.

Ni siquiera en casa se sentía a salvo. Él y su hermano Jorge, cuatro años mayor, compartían una habitación con un armario, dos camas paralelas, una mesilla y poco sitio donde guardar sus cosas. El celo que sentía Jorge por sus pertenencias era sólo comparable a la facilidad que tenía para usurpar las ajenas. Así pasaba a sus manos todo objeto que le resultase útil, o de cierto interés, o simplemente porque Toni le demostrase cierto aprecio. La intimidad no la conocería hasta mucho tiempo después, en Londres, hallándola una situación extraordinaria y turbadora. Por entonces aún no era capaz de imaginar nada semejante.

La razón de que Toni y su hermano compartieran cuarto era que la habitación más pequeña de la casa, junto a la puerta, era utilizada como sala de estar, mientras que el verdadero salón no se cataba más que en

Navidad. El resto del año era usado por su madre como cuarto de costura, ya que el ruido de la máquina de coser ponía enfermo a su marido.

Toni no se sintió nunca un niño muy querido, aunque no le faltó de nada. De sus padres obtenía una fría indiferencia, amplificada por la floja trayectoria académica, y de su hermano Jorge no recibía más que coacciones y chantajes emocionales. Llegó incluso a pensar que éste no le quería en absoluto, que la envidia que le corroía se debía por entero a su mera existencia, llegada inopinadamente para destronarle del reino familiar, bien exiguo en todo caso, y que estaba condenado a pagar por ello. Sin embargo Jorge demostraba fuera de casa todo el celo con los suyos que no manifestaba en la intimidad, y siempre estaba dispuesto a partirle la cara a alguien por defender a su hermano pequeño, incluido a Rubén Basterra. Y habría recurrido con mayor asiduidad a él para estos menesteres de no recibir en sus carnes de vuelta las represalias, corregidas y aumentadas. De modo que concluía que sí, que de alguna forma le quería, aunque era mejor no estar por medio cuando andaba de mala uva, que solía ser a menudo. Y eso le complicaba mucho la vida en aquella casa porque tampoco convenía contrariar a su padre cuando volvía de trabajar, y menos cuando venía del bar. Su padre hacía todas las horas extras que le permitía el sindicato, y alguna más bajo cuerda, y al llegar a casa no soportaba que nadie le molestase. Ese terrorífico momento coincidía con la hora punta en la

cocina, y si a alguno de los dos hermanos se les ocurría quebrantar el precario equilibrio ya podía prepararse para una buena bronca. Su madre andaba siempre atareada, de acá para allá cargada con bolsas de comida, paquetes de telas, yendo y viniendo de la tienda de Carmiña, el zapatero, el mercado de Prosperidad. Parecía por su gesto que andaba con la sensación permanente de que se le olvidaba algo. No tenía ese pronto agresivo de su padre, pero tampoco convenía contrariarla.

Los sábados por la tarde eran el momento preferido de Toni, cuando su hermano se marchaba con sus amigos y su padre hacía turno de refuerzo en la fábrica. Entonces Toni se adueñaba de la sala de estar, tumbado en el sofá, viendo en la tele alguna película de vaqueros. De fondo, desde el salón, le llegaba el sonido rítmico y apacible de la máquina de coser. Esos eran los únicos momentos en los que Toni tenía la plena sensación de que todo estaba en su lugar, y lo mejor que podía hacer era disfrutarlo, porque si lo pensaba seriamente se daba cuenta de que no era más que un espejismo, que no había un hueco para él en ninguna parte y eso le entristecía una barbaridad.

Aparte de esas tardes esporádicas de libertad, Toni procuraba por todos los medios estar fuera de la vista de los suyos y así pasaba todo el tiempo que podía en casa de su amigo Carlitos.

El hogar de los Feito tampoco es que fuera un remanso de paz, dos plantas más arriba. El hermano mediano, Arturo, tenía los mismos comportamientos

maníacos de Jorge, pero al menos cada uno disponía de su propia habitación desde que el Cheli, el hermano mayor, se había marchado a Londres a buscarse la vida, con el petate de la mili y una guitarra eléctrica de segunda mano. Su padre, José Feito, trabajaba en la industria auxiliar de la Seat, en una fábrica de neumáticos, y su madre se ocupaba de la casa. Discutían continuamente por cualquier tontería, se decían las cosas más horribles que Toni había escuchado en su vida, pero en cambio, a ratos, se querían con locura, y es que por lo visto a los Feito ese comportamiento exacerbado les parecía perfectamente normal. Al contrario que en su casa, donde la consigna era aguantar sin decir nada, en casa de Carlitos nadie se mordía la lengua, obteniendo sin embargo idéntico resultado. Por eso quizás también su amigo tenía a menudo esa funesta sensación de desamparo. Y más aún por aquel tiempo, en el que la única pieza serena del conjunto había abandonado el nido. Porque el Cheli sí quería a Carlitos, y quizás por eso Arturo estaba siempre tan fastidiado.

—Déjalos en paz, ¿no ves que son críos? —le decía el Cheli—. Más te valía andar con gente de tu edad.

Pero Arturo nunca parecía llevarse bien con nadie. Siempre estaba metido en líos, tanto en el barrio como en el colegio. En cambio todo el mundo quería al Cheli, hasta el mismísimo Jorge, que no quería a nadie. Era alegre y generoso, y a todos los chavales les fascinaba porque tocaba en un grupo de punk.

—Ey, Cheli, ¿qué pasa? —les gustaba decir a los chicos

más pequeños del barrio cuando le veían por la calle, porque Cheli siempre devolvía el saludo, incluso si no se acordaba bien de ellos, y eso les llenaba de orgullo.

A Toni le trataba como si también fuese su hermano, pero un hermano de verdad. Cuando se fue dejó un vacío en el barrio y en la casa, y cuando regresaba siempre les traía algo, normalmente discos, que era lo que más le gustaba a él, la música. Carlitos y Toni aún no entendían bien aquellos sonidos, pero sospechaban que había algo asombroso detrás y ambos creían vislumbrarlo después de escuchar una y otra vez las mismas canciones. Y esas tardes y fines de semana se sucedían sin darse cuenta, sin una fisura entre ellos dos, unidos para todo frente a un entorno hostil. Esperando en calma la llegada de las maravillas que estaban por venir.

Una tarde de invierno, demasiado fría y oscura para estar en el patio del colegio después de las clases, Toni jugaba una agónica partida de canicas con sus compañeros. Sobre la tierra húmeda estaba la última de sus bolas más especiales, aquellas que guardaba en un tarro hermético de cristal, y una de las pocas que había conseguido sustraer a los ojos de su hermano, una bola verdaderamente singular y simbólica. Quedaban sólo él y Lolo Segura. Carlitos observaba con una mueca de nerviosismo, rascando sus bolsillos vacíos. Lolo cometió un error y se fue a la otra punta del terreno de juego. No era su día, y parecía distraído. Toni tenía todo de cara para ganar la partida, pero el miedo, tanto a fallar como a la represalia de Lolo, le llevó a ignorar la alianza con

Carlitos y ofrecer un pacto.

—A medias —propuso Toni.

Normalmente Lolo se reía mientras esperaba su oportunidad y eliminaba sin piedad a su rival. Pero aquel día no debía de verlo claro y se lo pensó dos veces.

—Venga —dijo Lolo recogiendo su bola.

En el colegio no pasó desapercibido el gesto. A Carlitos, de hecho, no le gustó nada. Pero así nació la primera alianza de Toni con el medio. Poco a poco fue convirtiéndose en el hombre de confianza del matón suplente de la clase, y a partir de ahí, los demás chicos se lo pensaban dos veces a la hora de ir a por él. Al final del recreo Lolo y Toni se repartían el botín. Lolo disponía según le venía en gana, o según consideraba que Toni había aportado ese día. Aun así el acuerdo era ventajoso, y Toni no volvió a irse a casa desplumado.

El ascenso en la estructura social del recreo contrastaba con la caída en picado del nivel académico. Las matemáticas eran un auténtico suplicio para él, le resultaban sencillamente incomprensibles y habían ido acumulándose año tras año en un maremágnum de números y operaciones, de modo que la incomprensión había acabado traducida en absoluto rechazo. Memorizar tampoco era su fuerte. Era incapaz de estar sentado en la cocina de casa, lugar destinado al estudio, mientras su madre trajinaba sin descanso con las sartenes y los cazos. Y de la lengua mejor no hablar. El catalán se le había enquistado como una astilla bajo la piel. Al principio no entendía ni una sola palabra, luego se le fue haciendo el

oído y era capaz de distinguir los rasgos generales de una conversación. Lo demás le pasaba igual de desapercibido que cualquier otra asignatura. Así que a la hora de los exámenes era un auténtico desastre. No era capaz de escribir ni una sola frase correcta, en ninguno de los dos idiomas. Claro que en su casa tampoco se esperaba gran cosa de él, allí no había más literatura que la enciclopedia que compró su padre a plazos y que su hermano no había consultado jamás. De modo que nadie prestó mucha atención cuando el pequeño Toni abandonó las notas mediocres y empezó a suspender. Su padre se limitó a irle buscando un hueco en la Seat, como había hecho con su hermano.

Todo dio un giro inesperado cuando Rubén Basterra fue sorprendido abriendo un monedero ajeno en la sala de profesores. Como no era la primera vez y Rubén era todo un quebradero de cabeza para el colegio, el director optó por enviarle una temporada al centro de menores de Sant Emiliá.

Lolo Segura heredó la zona de influencia de Basterra y no tardó en hacerse notar. Su primera actuación en el mandato fue reestructurar el equipo de fútbol y de ese modo Toni pasó al bando de los elegidos. Los recreos no volvieron a ser los mismos, ya no tenía que esconderse de nadie, ahora jugaba al fútbol. No lo hacía demasiado bien, es cierto, y había perdido a Carlitos por el camino, pero tenía el favor de Lolo y pensó que eso era suficiente.

3

No resulta fácil encontrar alojamiento en el Val de Robredo. Lejos quedan ya los días de los viajeros y las casas de huéspedes. Antiguamente había una pensión en la plaza, como le dijo Juan, sentado en un banco a la puerta del bar, y él mismo tuvo habitaciones, pero de eso ya no quedaba nada.

—No viene mucha gente por aquí, ¿sabe? Y los que hay se van marchando. Aquí no hay gran cosa que hacer.

—¿Y no hay alguien que pueda alquilarme un cuarto, o una casa vacía?

—Mmm, la gente no se fía, ya sabe. Se oyen cosas...

Toni levantó la mirada al atardecer, desarmado. Se sentía terriblemente estúpido en aquella circunstancia. Él, que podía conseguir de todo en cualquier parte del mundo, que sabía a qué puertas llamar y qué hilos había que mover.

—Si no es muy escrupuloso —le propuso Juan—, puedo dejarle dormir en el almacén. La cama es pequeña y está un poco sucio, pero si no tiene otra cosa...

Toni sopesó la situación y fue totalmente consecuente con las posibilidades que tenía.

—Se lo agradezco. No le causaré molestias. Me iré mañana a primera hora, cuando vengán a repararme el coche.

—¿Espera usted que va a venir alguien aquí a repararle el coche?

Toni se sintió de nuevo insignificante.

—Eso es lo que me ha dicho el del taller. De Argüillas —añadió al ver la expresión de desconcierto de Juan.

—Tendrá suerte si consigue una grúa —pronosticó Juan bajando la mirada, perdiendo el interés.

—Iré a por mis cosas —dijo Toni reconduciendo la cuestión, señalando calle arriba.

Desde luego las cosas no le estaban saliendo como debían, y una tenue inquietud se había instalado en el pensamiento de Toni. Él suele decir que experimentó una extraña fuerza que le empujaba hacia Esperanza. Pero ni él lo cree de verdad ni sospechaba por entonces el futuro que le aguardaba.

Llegando de vuelta a la plaza volvió a escuchar ese jaleo propio de una multitudinaria reunión de chiquillos. Sin embargo tardó de nuevo en darse cuenta de que habían vuelto precisamente a seguir jugando con su coche.

—¿Será posible? —aulló al tiempo que salían despavoridos.

Abrió el maletero y cogió las tres maletas que llevaba, el mismo diseño en tres tamaños diferentes. Más que hacerlas rodar, las arrastró calle abajo hasta el bar. El pavimento no era el más indicado para el juego de

Vuitton que había comprado para la ocasión, más apropiado para deslizarse por el fino mármol de hoteles y aeropuertos.

—No es muy agradable —dijo Marisa sin miramientos, al encender la luz del almacén—. Mi padre se queda aquí cuando está demasiado borracho para subir las escaleras.

Toni estaba demasiado asustado para confesar la evidencia. Si ya le costaba dormir en los hoteles de carretera aquello iba a ser todo un reto. De modo que cenó todo lo profusamente que pudo, a lo que contribuyó el empeño de Marina, la mujer de Juan, por alimentarle en condiciones. Después, mientras iba disminuyendo el goteo de parroquianos, fue vaciando la botella de JB, que al menos no era de garrafón.

A última hora sólo quedaba el zumbido metálico del televisor donde Marisa, sentada sola a una mesa, no quitaba ojo al final de una película que no había empezado a ver. Un solo cliente estiraba el último chato de vino en la esquina de la barra. Cuando terminó la película, Marisa se levantó, se quitó el delantal y se marchó a dormir.

Toni se sobresaltó cuando empezaron los titulares de las noticias de la noche. Artur Casadevall, era detenido aquella misma tarde al salir de su despacho en la Gran Vía de Barcelona. Se le acusaba de evasión de impuestos y falsificación de las cuentas de la EIB, la constructora que había presentado suspensión de pagos esa misma mañana y que por lo visto ya estaba siendo objeto de investigación. La EIB presentaba anualmente unos

resultados impecables, en el último año había efectuado dos jugosas ampliaciones de capital y su posición en bolsa era envidiable. Con una calificación de riesgo irrisoria era una de las opciones favoritas del parqué madrileño, considerada blue chip, que viene a ser algo así como un chollo, por los inversores internacionales. Pero al parecer Casadevall llevaba años retocando las cifras que entregaba al Banco de España, tanto que ya había empezado a perder la perspectiva y las diferencias con la realidad habían llegado a ser insalvables. La EIB era un enorme agujero negro, donde habían caído subcontratas, proveedores, trabajadores y ahora también los propios inversores. Toni pudo imaginarse a su jefe con claridad, Andreu Durán, dejando sin parar mensajes en el contestador. Si aún le quedaba algún remordimiento por lo que estaba haciendo, éste se disipó de inmediato.

—Son todos iguales —dijo Juan desde la barra.

Toni le sonrió forzosamente y bajó la mirada. Esperó a escuchar la noticia completa, por si daban más detalles, pero la operación aún estaba abierta y se había decretado el secreto de sumario. De su desaparición no se dijo nada. Se despidió de Juan y se encerró en el angosto almacén. Tomó la penúltima pastilla de diazepam que le quedaba y apagó la luz. Al principio le incomodó el resplandor del tragaluz, que filtraba la claridad del bar a través de las ventanas esmeriladas del pasillo, y una tonalidad rojiza, proveniente del testigo de una emisora de radioaficionado, lo teñía todo. Luego un sinfín de ruidos llenó el silencio. Por un lado estaba el zumbido de

un viejo congelador, que parecía que iba a reventar de un momento a otro, y por otro lado había unos chasquidos como de electricidad estática, cuyo origen le costó más averiguar, y que resultaron ser el ruido de fondo de la emisora. Cuando identificó todos los sonidos le pareció que algo diminuto corría por el suelo, pero la mezcla de whisky, cansancio y medicamentos surtió su efecto y no tardó en quedarse dormido.

Tampoco duró mucho ese primer sueño. Al cabo de una hora se sobresaltó al escuchar una fuerte discusión. En un principio creyó que alguien había entrado a robar y había sido sorprendido. La voz profunda de Juan restallaba en el local vacío, fuera de sí. Pero la otra voz no se quedaba atrás. No es que Toni quisiera realmente saber de qué se trataba, pero se creyó en la obligación de velar por la integridad del ocasional hospedero, que le había acogido con amabilidad, y se levantó de la cama. Se vistió rápidamente y salió al pasillo. Caminó sigiloso hasta la puerta entreabierta y observó unos instantes a través de la rendija. Podía ver la espalda de Juan, agitada por momentos, pero el embotamiento no le permitía adivinar el sentido de la conversación. Así que abrió la puerta de par en par, para llamar la atención, y las dos figuras se volvieron para mirarle.

—Vaya, lo siento —dijo Juan, con voz alcohólica—. No queríamos despertarle.

El hombre sentado frente a él era Pablo Bartra, el ciclista que había pasado por la gasolinera aquella mañana.

—¿Va todo bien? —preguntó Toni.

—Sí, claro, perfectamente. Somos viejos amigos. Venga, ya que le hemos despertado, tómese una copa —ofreció Juan.

Toni no tenía ninguna gana de tomar nada, pero tras el sofocón que se había llevado calculó que le costaría volver a conciliar el sueño. Así que cerró tras de sí y se acercó a la mesa. Entonces pudo intuir el motivo del altercado. Entre ambos se hallaba un gastado tablero de ajedrez sobre el que quedaba algo menos de la mitad de las piezas.

—Coja un vaso de ahí —dijo Juan señalando los estantes.

Toni rodeó la barra con timidez y cogió uno. Mientras volvía a la mesa se produjo un nuevo movimiento.

—¿Será posible? —exclamó Juan—. Mire lo que hace este animal.

—Cuando la serpiente no sabe qué hacer, calumnia —replicó su contendiente, visiblemente preocupado.

—No entiendo mucho de ajedrez —confesó Toni tomando asiento.

—Tome un poco de esto —dijo Juan llenándole el vaso de un líquido transparente—, lo verá todo más claro.

—Pablo, para servirle —dijo el otro, tendiéndole la mano, con una estúpida sonrisa.

A Toni le dio la impresión de que Pablo era un niño inocente y juguetón, atrapado en el cuerpo de un adulto desaseado y entrado en carnes. Llevaba la ropa sucia y

gastada, la barba mal recortada y alborotado el poco pelo que le quedaba.

—Encantado —respondió Toni estrechando su mano áspera y dura.

El brebaje de Juan resultó ser fuego en su garganta, pero luego le dejó un agradable sabor. Al segundo vaso había florecido una animada conversación. Las voces debían ascender con claridad hasta la casa y Toni se sintió un poco culpable de participar en la juerga. Entonces Pablo se desplomó de repente sobre el tablero. Las piezas salieron rodando por el suelo del bar. Luego se hizo un pavoroso silencio. Toni se levantó y trató de incorporarle.

—No se preocupe, le ocurre a menudo —dijo Juan—. No sabe cuándo ha de dejar de beber hasta que ya es demasiado tarde. Vamos a sacarle a la calle, que le dé un poco el aire.

A Toni aquello ni le iba ni venía, pero solía tener consideración con sus compañeros de copas.

—Hará frío afuera. ¿No sería mejor llevarle al almacén? —propuso Toni preocupado.

—¿Y quedarse usted sin su cama? Ni hablar. Se le pasará enseguida.

Entre ambos lo levantaron, lo sacaron a la calle y lo sentaron en el banco. Entre tanto Pablo pareció resucitar, pero de su boca sólo salían palabras incongruentes, algo que podría ser una canción de cuna.

—Dejémosle aquí —dijo Juan—, avisaré por radio y vendrán a por él.

—Hombre —dijo Toni alarmado—, no vamos a dejarle aquí tirado...

Pero Juan ya no escuchaba y volvió a entrar en el bar.

—Cojonudo —dijo Toni a la negra noche.

Hacía bastante frío, no era cuestión de andar perdiendo el tiempo. Se agachó junto a Pablo y le cacheteó la cara para reanimarle.

—¿Oye? ¿Dónde vives? Puedo acompañarte.

Pero no obtuvo más respuesta que unos balbuceos incomprensibles. Toni se incorporó de nuevo y miró a ambos lados. No se oía un alma. Cuando estaba a punto de gritar de desesperación escuchó el motor de un coche a lo lejos.

Al cabo de la calle se asomó un Land Rover destartalado. Toni le hizo señas. Pensó que quizás aquel vecino conocería el domicilio de Pablo y se ofrecería a llevarle. Pero aquel coche iba a pararse allí de todos modos, así era la costumbre. Cuando se hacía tarde y Pablo no aparecía, todos sabíamos dónde encontrarlo.

El Land Rover frenó bruscamente a su lado. Carla, una morenita pizpireta y exuberante, se bajó de un salto y se acercó a Pablo. Por las tortas generosas que le soltó no le quedó duda de que se conocían.

—No sé qué ha pasado —se excusó Toni—. Estaba perfectamente y de pronto se ha desplomado. Iba a llevarle a su casa...

—No te preocupes —le interrumpió ella—. Yo me ocupo de él.

Toni la ayudó a cargarlo en el asiento de atrás. Ella se

volvió a montar y arrancó el motor.

—¿Y tú? ¿Tienes donde dormir?

Toni se quedó un momento bloqueado, por la concisión de la pregunta.

—Oh, sí, gracias. Voy a quedarme aquí, en el almacén.

—Ya —dijo ella en un tono que no le quedó del todo claro, y salió como una bala.

La vio girar la calle y escuchó cómo se perdía el sonido en la distancia. Cuando todo quedó en calma entró al bar. Cerró la puerta, pero no vio ningún cerrojo. Como estaba cansado y aturdido por el aguardiente pensó que tampoco ocurriría nada si se quedaba una noche sin candar, después de todo era un sitio muy tranquilo. Apoyó una silla contra el picaporte y se pasó otro buen rato buscando el interruptor de la luz. Cuando se dio por vencido y se dirigió al almacén escuchó un sonido que antes no estaba. En el pasillo el ruido se hizo más evidente, era espaciado y profundo, como de un enorme ventilador. Cuando entró en el almacén encontró a Juan durmiendo plácidamente en su camastro, bocabajo, con los brazos colgando a ambos lados. Después de todo era su cama, la de los días en los que estaba demasiado borracho para subir las escaleras, Marisa lo había dejado claro. De modo que una vez estudiada la situación recogió sus cosas, agarró las maletas, se puso la cartera al cuello y volvió a subir la cuesta de la iglesia por tercera vez en ese día.

En esta ocasión el ruido de las maletas le resultó ofensivo y ensordecedor, en medio de aquella tranquila

oscuridad. Llegó al coche, abrió el maletero y guardó sus cosas. Después se sentó dentro y reclinó el asiento, se tapó con la chaqueta de su traje y tras el apresurado viaje por todo el pueblo, cuesta arriba y cargado de maletas, se relajó y se quedó totalmente helado.

Salió de nuevo y cogió más ropa del maletero. Volvió a su asiento y pensó en arrancar el motor para encender la calefacción, pero mientras introducía la llave en el contacto se dio cuenta de que a veces hacía cosas realmente estúpidas. Por si acaso giró la llave. Una absurda satisfacción le invadió al no escuchar el sonido de los pistones en movimiento, como si se alegrase de que las cosas estuviesen en su lugar. Al menos tenía un contundente motivo para hallarse allí a aquellas horas. Después le invadió la rabia y la volvió a pagar con el volante.

Un Porsche 911 es una magnífica opción para recorrer los pueblecitos de la costa Brava, camino de un buen restaurante donde degustar un vino exquisito mirando al mar, pero resulta increíblemente incómodo para dormir. Entre el frío, el alcohol, la extraña postura y las cosas que le estaban pasando, su pensamiento era un hervidero imposible de controlar. Pensó en la última pastilla de diazepam que quedaba en su neceser. No quería recurrir a ella porque presentía que podría necesitarla más adelante, quizás salir de allí no iba a resultar tan sencillo, así que se resistió por el momento. Pero si las cosas se ponían feas, no le cabía duda de que iba a necesitar dormirse a cualquier precio.

Sin embargo, no había terminado aún aquel día. Un ruido de motor llegó desde la lejanía. En unos minutos un vehículo paraba a su lado. Toni se sobresaltó, lo primero que pensó fue en la Guardia Civil. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Casadevall saliendo de su despacho entre cuatro corpulentos Mossos d'Esquadra, con el rostro desencajado pero altivo. Sin embargo nadie se bajaba de aquel vehículo, permanecía allí parado, con el motor encendido. A través de los cristales Toni creyó ver hasta el resplandor de las luces y los colores del coche patrulla. Pero al limpiar el vaho de la ventanilla descubrió con alivio que no se trataba de la Guardia Civil sino de un Land Rover como el que había recogido a Pablo a la puerta del bar. Entonces reconoció a Carla. Trató de bajar el cristal pero no funcionaba porque los elevalunas eran eléctricos, de modo que abrió la puerta. Una ráfaga de aire helado se coló en el habitáculo.

—¿No preferirías dormir en una cama? —propuso la chica—. Hay sitio de sobra.

Toni sopesó rápidamente las posibilidades y las consecuencias. Salió del coche, cogió las maletas y la cartera negra y lo cargó todo en el Land Rover. Hacía frío de verdad y se alegró de la decisión que había tomado. Subió al vehículo y se dejó envolver por la calefacción.

—Por cierto, me llamo Carla.

—Toni —dijo él mientras cruzaban dos besos.

Inmediatamente después dejó caer un poco el coche

hasta salir del mirador y salió disparada por una callejuela. En pocos segundos abandonaron el pueblo, llegaron a la gasolinera y enfilaron la carretera de la montaña. Toni empezó a pensar entonces que quizás no había sido tan buena idea, creyó que no irían más allá del límite de las casas, debió haber preguntado antes, pero entonces ya era demasiado tarde para echarse atrás. Algo se movió a su espalda y se sobresaltó. Era Pablo, que se había incorporado balbuceando la misma canción, o quizás otra.

—Duérmete —le dijo Carla.

Pablo se tumbó como un niño obediente en el asiento. Toni la miró por primera vez con detenimiento. La exuberante belleza de Carla era algo que no pasaba precisamente desapercibido. Era menuda, de generosas formas, con aspecto descuidado y salvaje, y parecía que había nacido al volante de aquel coche.

—No pienses que te estaba espiando —le dijo—. Estábamos llegando a casa y me imaginé lo que habría pasado. Aquí las cosas a veces son muy predecibles. Es lo bueno y lo malo.

Entonces ella se fijó en él con detenimiento. Hasta entonces sólo era una sombra en su imaginación, y lo encontró de veras interesante.

—Te lo agradezco —dijo Toni—. Últimamente no duermo muy bien y necesito descansar.

El pavimento de la carretera desapareció, pero Carla no aminoró la velocidad. A su paso se levantaba una nube de polvo y la grava rebotaba en los bajos del coche.

Toni se sujetó con fuerza al asidero del techo.

—Estás de paso, supongo —preguntó Carla tratando de sacar información. La tensión sexual era evidente.

—Sí, voy a reunirme con mi novia. Vamos a casarnos.

Por más que le ha dado vueltas no ha conseguido nunca adivinar por qué demonios le dijo aquello. No tenía por qué seguir alimentando la mentira de la boda, era un asunto terminado, y además ya en ese momento tenía la impresión de que a ella ese detalle le traía sin cuidado. Supongo que creyó que esa circunstancia ponía tierra de por medio, pero de hecho ni siquiera rebajó la tensión.

—Entonces vais de viaje, ¿muy lejos?

—Pues sí, bastante —contestó Toni para zanjar el incómodo asunto que él mismo había empezado.

El resto del trayecto lo hicieron en silencio, envueltos en la negrura de la noche. Al final del camino llegaron a una pequeña aldea, apenas iluminada por débiles bombillas domésticas, de no más de una docena de casas desordenadas, y pararon frente a un enorme caserón decorado con extrañas formas animales, semienterradas entre la hiedra que cubría buena parte de la fachada.

Entre ambos bajaron a Pablo del coche y lo llevaron adentro. Recorrieron un pasillo y entraron en una habitación. Lo dejaron sobre la cama y salieron.

—Puedes quedarte aquí —dijo Carla encendiendo la luz de otra habitación.

No era el Ritz, pero comparado con el almacén de Juan era todo un adelanto. Había una cama alta y

amplia, un escritorio, una mesilla, un armario centenario y un montón de trastos dispares en cierto abandono, como si alguien hubiera salido precipitadamente tiempo atrás. Carla despejó la cama a manotazos y atizó la estufa de leña que crepitaba en el rincón.

—Las sábanas están limpias y tienes el baño ahí mismo, a la izquierda.

—No sé cómo agradecértelo —balbuceó Toni, arrepintiéndose de inmediato—. Me marcharé por la mañana. ¿Podrás bajarme al pueblo?

—Claro, no te preocupes, y quédate el tiempo que quieras —dijo mientras cerraba la puerta al salir.

Toni se puso su pijama de seda y salió al baño. Era una estancia amplia y fría, azulejada hasta media altura, con un ventanuco superior que atravesaba el robusto muro de piedra. Los sanitarios no eran precisamente del siglo veintiuno, pero funcionaban en condiciones y estaban limpios. Abrió el grifo y dejó salir un débil hilo de agua. Allí estuvo unos momentos observando cómo rodaba el diazepam en la palma de su mano. Finalmente lo lanzó a la boca y lo tragó con un sorbo. Se miró los ojos enrojecidos en el espejo desportillado y se recordó que era imprescindible dormir. Le esperaba un largo viaje.

Cuando volvió a la habitación encontró a Carla metida en su cama.

—¿Te importaría que durmiese aquí? —preguntó Carla con ojos de cordero degollado—. Mi estufa se apagó.

—Claro, no hay problema —dijo Toni para poder

acostarse de una vez.

Y aunque no me lo ha confesado estoy seguro de que algo se le tuvo que pasar por la cabeza. Carla le hizo un hueco a Toni en la cama y apagó la luz.

—Buenas noches —dijo ella.

—Buenas noches —dijo él.

Toni estaba tan cansado, o al menos eso me dijo, que no quiso darle importancia al hecho de que Carla hubiera sido tan descuidada con su estufa y tan eficiente para tener caliente una habitación donde no dormía nadie. Estaba tan cansado que no tuvo tiempo para intrigas. En un instante se quedó dormido. En principio de un modo apacible, luego se fue transformando en auténtico placer, y después abrió de nuevo los ojos y se volvió hacia Carla.

—¿Qué estás haciendo?

Ella siguió acariciándole el pecho y comenzó a besarle.

—No puedo dormir —le dijo Carla.

—Pero es que... Carla, escucha...

Según palabras textuales de Toni, no quiso entrar en una ardua discusión y, agotado y medio drogado como estaba, tiró por el camino del medio, el modo más rápido que podía devolverle al sueño. Pero, ¿a quién quería engañar? A mí no se me ocurriría mejor recibimiento que pasar la noche con una bonita muchacha. Aquella, su primera noche en Esperanza.

Toni era, en un principio, del Real Club Deportivo Espanyol, por afinidad familiar. Su hermano Jorge, su padre y su tío Agustín sentían verdadero fervor por el Espanyol. El tío Agustín era el hermano pequeño de su madre, y también su debilidad, por encima de sus propios hijos, ya que fue el primer bebé del que cuidó, siendo ella misma una niña. De toda la familia materna era el único que no le había retirado la palabra por casarse con un Herrera, enemigos mortales de los Ginés por un viejo asunto de navajas, reavivado con la guerra civil. Le acogieron en su sofá al llegar del pueblo, y después instalaron una cama plegable en el mueble del salón. Los espacios se redujeron, era un incordio para todos. A Toni le molestaba que le tratase como a un crío, y que contase montones de mentiras, como que tenía en el pueblo grandes propiedades, cuando todos sabían de sobra que no tenía donde caerse muerto. El tío Agustín había tenido que salir precipitadamente de su tierra porque se negó a casarse con una muchacha a la que había dejado embarazada, que casualmente también se trataba de una Herrera. Y lo peor de todo era que mientras estuvo en

aquella casa fue el único que tuvo una habitación para él solo.

Después de tres meses agónicos encontró trabajo de peón de albañil y al mes siguiente por fin se marchó. Nunca pasaba mucho tiempo sin dejarse ver. Cambiaba de trabajo con frecuencia y volvía siempre que necesitaba dinero. Las actividades del tío nunca estaban muy claras, siempre tenía grandes negocios que se iban olvidando con el tiempo, pero Toni tenía la sensación de que realmente no hacía nada, que no contaba más que mentiras que su padre y su madre se tragaban sin pestañear. Nunca dudaban en darle el dinero que necesitase, aunque apenas tuvieran ellos para comprar unas zapatillas. De modo que había suficientes razones para que a Toni no le cayera nada bien.

El día que Toni cumplió los doce años, su padre, su hermano y su tío le regalaron una camiseta del Español, que así se llamaba por entonces el equipo, en castellano, y le llevaron a ver un partido de liga contra el Sabadell, en el estadio de Sarriá. No es que fuera el partido del siglo pero le hizo mucha ilusión. Empataron, y sin embargo él lo pasó en grande con los gritos, las banderas y el ambiente del estadio. Lo único que le chocó fue el desprecio que les mostraban los quinientos seguidores sabadellenses, enjaulados a unos metros de donde se encontraban.

—¡Bote, bote, bote! ¡Español el que no bote!... —
decían en sus cánticos.

Él no comprendía qué tenía de malo ser español,

hasta ese momento había pensado que todos lo eran, pero por la rabia con la que era pronunciado pensó que algo oscuro debía haber detrás de aquello.

—¡Que os den por el culo, polacos de mierda! —gritó de pronto el tío Agustín.

Y aquello tampoco parecía estar bien, porque a su padre y a su hermano se les puso la cara roja, y algunos espectadores de su propio equipo empezaron a abuchear al tío Agustín.

—¡Charnego! —le gritó alguien.

Toni se hacía un lío terrible y no tenía claro a qué sector pertenecía realmente. Aquella palabra ya la había oído antes pero no tenía muy claro su significado.

En el barrio jugaba todas las tardes con la camiseta del Español, orgulloso como el que más, y con él jugaban otros chicos con camisetas del Barça, del Betis e incluso del Madrid, sin que ello supusiera ningún problema. Un día el profesor de gimnasia, don Félix, les consiguió un partido contra el equipo del colegio de su hijo, en Sant Andreu. Aquello fue todo un acontecimiento porque principalmente suponía cruzar al otro lado de la avenida Meridiana y adentrarse en terreno desconocido. Se perdieron y llegaron tarde y exhaustos. Los contrincantes aún estaban allí, hartos de esperar, pero el conserje se había marchado y había cerrado las puertas de los vestuarios, así que tuvieron que pasar el mal trago de cambiarse de ropa en pleno terreno de juego, con el consiguiente cachondeo del adversario. Eso les fue caldeando el ánimo, y cuando empezaron a jugar y

vieron que no cazaban ni un balón, el cabreo se fue transformando en impotencia, y después en agarrones y patadas.

El resultado era tan escandaloso que perdieron la cuenta.

—Dejadles que nos metan uno aunque sea —dijo uno de ellos, sin ánimo de ofender a nadie.

—¿Y si te meto yo un puñetazo en toda la boca? —respondió Lolo enfurecido.

Se formó un revuelo y acudieron todos los jugadores. Toni se metió por medio para calmar los ánimos, con su flamante camiseta del Español.

—Venga, juguemos y acabemos el partido en paz —dijo.

—Tú a callar, charnego de mierda, que nadie te ha preguntado nada —dijo otro por detrás.

Entonces se lió la cosa. Lolo se puso a repartir en todas direcciones, y como ya no había cómo pararle, los demás se unieron a los tortazos. Los de Sant Andreu tampoco eran mancos, contaban con un tío enorme que sacudía unos golpes terribles, y como la cosa ya estaba durando demasiado al final tuvieron que salir corriendo, Meridiana arriba, en pantalones cortos y camisetas dispares.

De vuelta al barrio Toni no estaba muy conforme con lo que había pasado. Lolo le explicó a grandes rasgos qué era la identidad catalana y por qué ellos no estaban invitados a esa fiesta. Entendió el significado de la palabra charnego, que era como los catalanes de derecho

llamaban a la gente como ellos, que vivían en sitios como las Roquetas y no hablaban la lengua vernácula.

A Toni saber que eran ciudadanos de segunda le envenenó la sangre. Le cogió manía al fútbol, al Español, al barrio, al colegio y hasta a sus padres, por haberle dejado unos apellidos de mierda y «Almería», bien grande, en el carnet de identidad.

En el colegio, sin embargo, la noticia les encumbró como héroes, no se hablaba del resultado sino de la paliza a los niños de papá del Sant Andreu. Carlitos, a quien unos chavales de ese mismo colegio le dieron de patadas un día en plena Ronda, le felicitó por su hazaña. No pasaban mucho tiempo juntos, como antes, pero habían echado las diferencias al olvido y su relación había vuelto a la normalidad. Carlitos también se encontraba mucho mejor. El Cheli estaba de vuelta en Barcelona, y se había instalado en L'Hospitalet, en el piso de unos chavales que conoció en Londres, con los que había formado un nuevo grupo que estaba sonando bastante por la ciudad. Toni grabó la maqueta manoseada que le dejó Carlitos en una cinta de Cindy Lauper de su hermano, y le arrancó la pegatina. Mientras sonaban Los Informales, que así se hacían llamar, la cosa iba todo lo bien que podía ir, teniendo en cuenta el sonido original, pero entre canción y canción se escuchaba de fondo a la Lauper, y Toni le terminó cogiendo manía. En el barrio, sin embargo, se oía con frecuencia, a través de una ventana abierta, en el radiocasete de un coche que zumbaba al pasar. Carlitos estaba entusiasmado.

No opinó lo mismo don Félix, el profesor de gimnasia, acerca del altercado del Sant Andreu, los recibió con su gran cabeza roja de cólera y las puntas del bigote temblando. También estaba en el gimnasio el director, que les comunicó que los padres de los alumnos implicados habían sido convenientemente informados. Pero en casa no le dijeron una sola palabra y él no preguntó. En la escuela se les castigó con un mes sin fútbol, claro que a esas alturas a Toni ya no le importaba en absoluto ese estúpido deporte. Cuando el Español ganó el partido de ida de la final de la copa de la UEFA, por tres a uno en Sarriá, y el barrio entero estaba enloquecido, él ni se inmutaba.

Por aquella época empezó a descubrir la ciudad. Lolo y él quedaban en la avenida Meridiana y bajaban al centro, en autobús cuando podían colarse, y si no andando. Daban vueltas por ahí, fisgoneando, sin un duro en el bolsillo, esperando a ver si alguien se dejaba las vueltas en algún café o alguna moneda en las cabinas de teléfonos. Y siempre conseguían algo, compraban chucherías en alguna tienda del Raval y bajaban a las ramblas a mirar a los artistas callejeros.

A Toni aquello le gustaba. El terrible concepto de los charnegos le había cegado el pensamiento, pero luego le había hecho ver que había mucho mundo más abajo de la Ronda, y que ese mundo estaba lleno de cosas fascinantes y mucho mejores que la miseria que se podía encontrar en las Roquetas, donde nunca pasaba nada. Lo más increíble que había sucedido en el barrio hasta

entonces fue la vez que estuvieron tirando petardos a un yonki que estaba tirado en la plaza, durmiendo la mona. Se rieron un montón de ver cómo el tipo ni se enteraba, y cada vez se los tiraban más cerca. Hasta que un chico llamado Françesc, que siempre era el que iba un poco más allá, le puso uno justo al lado de la oreja y al ver que aquello no le había molestado ni siquiera un poco, avisó a su padre, que llamó a la policía. El chaval llevaba horas muerto, de sobredosis, y aunque la broma de los chicos no había tenido nada que ver, a todos se les quitaron las ganas de jugar con petardos por una temporada.

Un día, al llegar al colegio, encontró a Lolo a la puerta, apoyado en la pared.

—¿Vas a entrar? —preguntó Lolo.

Como la pregunta ya anticipaba algo, Toni dijo que no sabía.

—Tengo que hacer un encargo, en el Raval, ¿quieres venir? —dijo Lolo—. Te daré una parte.

Así que aquel día en lugar de entrar a clase cogieron el autobús, pagado por Lolo, y bajaron al centro. Caminaron por las estrechas calles del Raval y entraron en un portal. Lo cierto es que no era una calle demasiado abandonada pero el portal daba miedo. Subieron las escaleras y llamaron a una puerta. Abrió un tipo calvo y gordo, con la cabeza tatuada. Al reconocer a Lolo les dejó pasar. Al final del pasillo había una cocina destartalada. Otro tío mucho más gordo que el anterior estaba sentado a una mesa, con una cantidad enorme de polvo blanco y una balanza. Se puso como loco al ver a

Toni. Al levantarse por poco tira la mesa y todo el material. Cogió a Lolo de las solapas de la chaqueta y lo zarandeó como si fuera un muñeco. Luego le fue dando capones mientras hablaba.

—¿Tú eres tonto, chaval? —le decía—. ¿Tú eres tonto? ¿Por qué tienes que traer aquí a nadie?

—Es un amigo —dijo Lolo en su defensa, con una voz débil y acongojada.

—¡Ni amigo ni hostias! ¡Aquí no se trae a nadie! ¿Te enteras? ¿Crees que esto es un juego, gilipollas?

Lolo no parecía entonces el patriarca del colegio, no era más que un niño asustado y a Toni le impactó aquello. Le resbalaba una lágrima por la mejilla y estaba morado de rabia.

—Ahora mismo os vais los dos a tomar por culo de aquí, y ni pasta ni hostias. A ver si la próxima vez te piensas un poco las cosas, subnormal.

Y los pusieron a empujones en la puerta. Lolo estaba furioso y a Toni no se le ocurría qué decir, temía que lo pagase con él. Bajaron a la calle.

—¿Tienes algo de dinero? —preguntó Lolo, conteniendo el hipo.

Toni se buscó en los bolsillos y sacó veinte pesetas en total.

—Vamos, tengo una idea.

Salieron a la vía Laietana y entraron en un comercio. Toni pidió una bolsa de pipas, que era lo que le había dicho Lolo que tenía que pedir, pero el hombre no tenía. Entonces se quedó mirando por la tienda pensando en

qué comprar con el poco dinero que tenía, mientras Lolo se iba a la parte de atrás y ojeaba las botellas. Pero el plan de Lolo era una estupidez, y el hombre no era tonto.

—Oye, chaval, deja esas botellas, que no tienes edad — le dijo en un aragonés cerrado.

Entonces Lolo echó mano a las dos primeras botellas que pudo y salió corriendo por la puerta.

—¡Eh! ¡Alto ahí! —gritó el hombre.

Toni se quedó un segundo paralizado de terror. El hombre salió del mostrador y, cuando estaba a punto de echarle mano, le esquivó y se lanzó a la calle a todo lo que daban sus piernas, siguiendo a Lolo, que bajaba hacia el puerto. Mientras corrían entre la gente los gritos del comerciante terminaron por perderse en la distancia.

En la Barceloneta descorcharon una de las botellas. Lolo le dio un buen trago y puso cara de disgusto.

—¿Esto qué coño es? Está dulce.

Miraron la etiqueta y era vino de Málaga.

—Puto charnego de mierda —dijo Lolo llenándose la boca con las palabras.

No es que Toni supiese entonces la diferencia entre un vino y otro, ni a qué se suponía que tenía que saber, a él lo del dulzor no le parecía necesariamente malo, pero estuvo de acuerdo en que era una ofensa.

—Puto charnego —dijo imitando a Lolo.

Y los dos se echaron a reír como locos, liberando toda la tensión acumulada. Se bebieron una de las botellas de vino de Málaga y fumaron medio paquete de BN, que Lolo le robaba a su padre. Estuvieron haciendo el tonto

hasta que se hizo de noche. La otra botella se la dieron a un indigente que estaba sentado en un banco, que farfullaba algo en catalán, y que no puso ninguna objeción a que no se tratase de un Penedés, Priorat o Somontano.

En el camino de vuelta consiguieron colarse en el autobús, pero a los cinco minutos Toni vomitó en la parte de atrás. La gente que lo vio se indignó, y ante las protestas, como no tenían billete y la cosa se podía complicar, se vieron obligados a bajarse en la siguiente parada. Tardaron una eternidad en llegar al barrio, y después de despedirse de Lolo, Toni aún esperó un rato más a la puerta de casa. Sabía que le iba a caer una buena y quería que al menos se le secaran un poco los pantalones sobre los que había vomitado. Había un silencio celestial en la calle y no era normal, le habría gustado disfrutarlo pero estaba demasiado asustado.

Cuando subió su madre le recibió con una bronca monumental y fue gritándole hasta la habitación. Él cerro la puerta, se quitó la ropa y la metió debajo de la cama. Luego se puso el pijama y salió. Se quedó como un idiota a la puerta del salón. Estaban su padre, su madre, su hermano y el tío Agustín. Su hermano y su padre tenían puesta la camiseta del Español, y él allí, en pijama, que había olvidado el partido de vuelta de la final de la copa de la UEFA.

Aquella noche Toni no tenía ganas de fútbol pero se fue reconciliando poco a poco con su equipo a medida que el Leverkusen iba acortando la ventaja y a los suyos

les empezaban a temblar las piernas. Se fue metiendo en el partido como si le fuese la vida en ello, hasta que al final, tras una prórroga y una tanda de penaltis, acabó llorando hasta el apuntador. Su madre se encerró rápidamente en la cocina para que nadie la viera. A ella el fútbol le traía sin cuidado, pero aquello fue algo más que un partido de fútbol, fue una tragedia identitaria. Mientras su padre y su hermano se secaban las lágrimas en el sofá, el tío Agustín se cagaba en todos los santos de los alemanes, de pie, radiando el resultado para todos los vecinos, por si alguien no se había enterado. Toni se fue corriendo a la habitación y se metió en la cama. Se quedó unos minutos pensando, con la mirada mucho más arriba que el techo.

—¡Putos charnegos! —dijo a voz en grito, con el deseo de que lo escuchase el tío Agustín.

Y lo escuchó, y respondió con su mejor dialéctica, pero nadie sospechó que el insulto hubiera salido de la habitación de los chicos.

Al día siguiente, de camino al colegio, tiró la camiseta del Español en un contenedor y se declaró oficialmente del Barça.

Cuando despertó, Carla ya no estaba allí. Unos tenues rayos de sol atravesaban las rendijas de la contraventana. Se levantó y salió al baño con intención de ducharse. Trató de encender un calentador de butano que había en la esquina del fondo, y así creyó haberlo hecho, pero tras unos minutos dejando salir una llovizna de agua helada apagó el calentador y se vistió. Tenía hambre y buscó algo de comida en la cocina, pero no encontró nada, ni siquiera había nevera. Por la casa había extrañas esculturas, interesantes cuadros y láminas. Toni no tenía la menor idea de arte contemporáneo, pero sospechó que aquellas obras eran algo más que reproducciones o el entretenimiento de un simple principiante. Tuvo la impresión de que aquello parecía más un piso de estudiantes de bellas artes que un albergue de montaña. Luego pensó en llamar a alguna de las puertas en busca de Carla, pero no se atrevió. Cogió el abrigo y la cartera, y salió a la calle pensando que tal vez encontraría un bar donde desayunar.

La claridad le dejó ciego unos instantes. Al recobrar la vista distinguió la pequeña aldea, a lo largo de la calle

principal sin pavimentar. Las casas eran bajas y muy viejas, pero su estado no era del todo ruinoso. En algunas de ellas se observaban ciertas labores de rehabilitación, un tenue renacimiento. De otras viviendas, en cambio, no quedaba más que un almacén famélico. Desde luego no le dio la impresión de que hubiera un bar abierto en las proximidades.

Toni caminó por la calle vacía, un tanto desanimado, y en seguida alcanzó el final del pueblo. Se paró frente a una ermita ruinoso, pintada de extravagantes colores, y le sobresaltó el sonido de dos disparos que restallaron por la montaña. Observó unos instantes el bosque, intentando dilucidar la procedencia de los disparos y escuchó unas voces a su espalda que salían a través de la puerta entornada de la ermita. Se acercó y la puerta se abrió de golpe.

—¡Buenos días, mi nuevo amigo! —le saludó Pablo eufórico.

Al parecer había dormido la resaca mejor que él. Le agarró por los hombros y preso de una nerviosa hilaridad le arrastró hacia adentro. La estancia llamaba la atención. No era demasiado grande, pero disponía de una nave central libre de columnas, coronada por una pequeña cúpula, y dos naves laterales, de menor altura, rematadas con viguería de madera. Tanto la cúpula como la parte superior de las paredes y el retablo estaban decoradas por inquietantes y coloridas figuras. En lugar de bancos y reclinatorios había una gran mesa de madera, ocupada por unas doce o quince personas que

desayunaban y charlaban. Entre ellas sólo distinguió a Carla, que le sonreía abrazada a un tipo ceñudo y corpulento.

—Mirad, quiero presentaros a Toni, nuestro nuevo convecino —anunció Pablo.

Apenas cuatro o cinco le prestaron atención.

—Hola, Toni —dijeron algunas voces sin entusiasmo.

—Bueno, en realidad yo sólo estoy de paso... —quiso apostillar Toni, pero nadie le escuchó.

Una mujer corpulenta se le acercó por detrás.

—Yo soy Mamen, cielo —dijo plantándole dos besos cálidos y húmedos—, la que se ocupa del papeo. Supongo que después de una noche dura tendrás hambre, ¿no? —añadió en tono más bajo, acompañando el comentario con un codazo cómplice en el hígado, que le hizo ver las estrellas.

—Nadie cocina como ella —le confesó Pablo al oído.

A Toni se le había pasado el hambre. No acertaba a encontrar las palabras que le permitieran salir de allí sin alboroto.

—Siéntate, te traeré café —dijo Pablo.

Obediente y desamparado se acercó a la mesa y tomó asiento. Frente a él se encontraban Carla y su cariñoso amigo. Toni se sintió intimidado y confuso.

—¿Has descansado bien? —preguntó ella sin desprejarse de su pareja, como tratando de dejar las cosas claras.

—Oh, sí, ya lo creo —contestó él, arrepintiéndose al instante de la efusividad de su respuesta.

—Éste es Sebastián —dijo Carla por toda presentación.

El tipo bajó imperceptiblemente la mandíbula poderosa, a modo de saludo, mientras Carla seguía nombrando a los comensales a lo largo de la mesa. Inmediatamente olvidó todos los nombres, menos el primero. Pablo volvió con el café y una bandeja repleta de pan, fruta, queso, dulces, tomates y fiambres. Se puso a enumerar las bondades culinarias de la cocinera oficial de Esperanza, lo cual le habría parecido incluso interesante de haberse podido sustraer de las miradas criminales que le dedicaba Sebastián.

Dos disparos más se oyeron con estrépito.

—Jesús, qué locura —dijo Mamen mientras recogía la mesa—. Este hombre va a matar a alguien algún día.

A Toni aquello de los disparos le dejó un poco intranquilo.

—No te preocupes, es el Anarquista, que está cazando. Él sabe lo que hace —le aclaró Pablo—. Después podemos ir a pescar, ¿sabes pescar? —preguntó entusiasmado—. Espera a ver de lo que es capaz esta mujer con unas buenas truchas.

Como si aquello les hubiera abierto el apetito la pareja se fundió en una serie de apretones y sonoros lametazos.

—La verdad es que no he pescado nunca —confesó Toni, intentando apartar sus sentidos de aquella inquietante visión.

—No te preocupes, yo te enseñaré —aseguró Pablo, extático.

—Nadie pesca más que él —dijo Carla cuando

consiguió despegarse de Sebastián—, es un fenómeno, ¿verdad Pablo?

Y Pablo se deshizo en aspavientos y rubores.

—¿Y vos, Toni? —irrumpió el vozarrón porteño de Sebastián—. ¿Qué sabés hacer vos?

No era la primera vez que Toni se enfrentaba a un marido celoso, pero la actitud de Sebastián le hizo recordar que su objetivo era salir entero de allí lo antes posible, así que evitó ponerse a la defensiva.

—Pues la verdad es que de cuestiones prácticas no sé demasiado, aparte de pedir comida a domicilio o preparar algo congelado —confesó en su mejor tono diplomático—. Sin embargo no tengo intención de quedarme. Agradezco la hospitalidad pero hoy vendrán a reparar mi coche y seguiré mi camino.

Pablo agachó la cabeza desolado.

—Isidro y Dieter son muy buenos con la mecánica —dijo Carla—, quizás puedan ayudarte.

Dieter, un tipo ario, alto y castigado, le hizo un gesto cortés desde la otra punta de la mesa. A Isidro no pudo identificarlo porque no levantó la cabeza de su desayuno.

—Os lo agradezco, pero ya está solucionado.

—¿Y a dónde lleva tu camino? Si no es indiscreción —preguntó Sebastián.

—Voy a La Coruña, mi novia me espera allí.

A Toni le debió sonar muy convincente pero cuando Sebastián tenía alguna sospecha podía ser muy tenaz.

—Pero no estamos en la carretera de La Coruña, precisamente... ¿De dónde venís?

Toni se preguntó cómo habían llegado a aquella conversación.

—Vengo de Barcelona. Nos hemos tomado unos días cada uno por nuestro lado y he estado disfrutando un poco del paisaje. Vamos a casarnos.

Por algún motivo aquello le hizo mucha gracia a Sebastián, que al fin sonrió, y se dio por satisfecho, aunque era evidente que tampoco estaba en ninguna ruta principal que uniese La Coruña con Barcelona.

—¿Podría alguien bajarme hasta el pueblo? —aprovechó para preguntar.

—Claro —dijo Sebastián—. Carla te llevará.

Toni se había acostado una mañana con Asumpta Lledó, por entonces novia de Carles Pla, amigo de Núria, en la habitación de un albergue de Luz Ardidén, mientras Carles y Núria descendían por una pista de dificultad roja. Toni imaginó que iban a ser unos días entretenidos, pero durante el resto de aquellas vacaciones Asumpta no tuvo valor de volver a mirarle a la cara. Y no es que se hubiera arrepentido de lo que había hecho, ya que trató en repetidas ocasiones de volver a verle en Barcelona, sino que estaba convencida de que podía leerse en la cara, y eso la paralizaba de vergüenza, como le confesó tiempo después. Núria pudo constatar aquel hecho, ya que supo leer de inmediato en la cara de Asumpta. Pero Toni no supo qué había querido decir la Lledó hasta ese primer desayuno en Esperanza.

—¿Estás enfadado? —le preguntó Carla, mientras pasaban con el Land Rover junto al imponente

melocotonero que flanqueaba la entrada de la aldea y se lanzaba a toda velocidad montaña abajo.

—Claro que no —dijo Toni sujetándose donde podía.

—Sebastián tampoco está enfadado contigo. Él siempre es así.

—¿Y no será que estaba un poco molesto por haberme acostado con su novia?

Carla le miró y le sonrió con ternura.

—Sebastián y yo no somos novios. Yo no pertenezco a nadie.

—Quizás él no lo sabe —aventuró Toni con una cínica sonrisa.

Pero el hecho de que Sebastián supiera perfectamente la situación que vivía con Carla, no quitaba que le estallasen las hormonas en presencia de otro macho alfa.

—Así de primeras no le veo nada —dijo el mecánico, ya en el mirador, sacando sus dedazos del motor del Porsche—. Tendría que llevarlo al taller y verlo con calma.

Era un hombre cetrino y rudo. A simple vista nadie diría que tuviera una sola noción de mecánica.

—De acuerdo, llévelo.

—Oh, yo no tengo grúa —dijo el mecánico casi ofendido—. Tendrá que llamar a la de Argüillas, y ya ha estado por aquí hace un rato, a cargar un vehículo para Benavente. No creo que vuelva hasta mañana.

—¿Está de broma? —le dijo Toni llevándole a un lado—. Me dijo ayer que no podía venir hasta hoy, ¿y me dice hoy que había una grúa que no volverá hasta mañana?

—Le dije que llamara a su seguro —dijo muy tranquilo.

—Y yo le dije que se metiera en sus asuntos y tampoco lo ha hecho —dijo Toni sacando la cartera.

Le tendió un billete de doscientos euros.

—Me encantaría coger su dinero —dijo el mecánico en tono amable—, pero no puedo hacer nada por usted. Si quiere la grúa tendrá que esperar a mañana.

Toni guardó su dinero y empezó a entrar en pánico.

—Si quiere que sea sincero —añadió el mecánico—, mañana tendremos el coche en el taller, me llevará un tiempo mirarlo y probablemente haya que pedir alguna pieza a La Bañeza, que dado el modelo poco común, tendrán que pedir a Madrid, o a donde hagan estos cacharros. Se podría dar con un canto en los dientes si lo tiene listo la semana que viene.

Pero eso era totalmente inviable para Toni. Si no estaba sin falta en el puerto de Gijón el domingo por la mañana su vida sí se iba a empezar a complicar de veras.

—Resérveme esa grúa, ¿quiere? —dijo montándose otra vez en el Land Rover—. Le llamaré más tarde.

Unos minutos después volvían a subir por la pista de la montaña, en silencio. Había llegado el momento de volver a activar la maquinaria. Toni era un experto en situaciones de crisis, eran los momentos en los que se podían sacar mejores beneficios. Sólo que en ese momento no tenía nada que ganar y mucho que perder.

—Vaya, qué sorpresa —dijo Dieter al verlos en su casa—. Pasad, sentaos.

Toni sabía cómo manejarse en estas situaciones. Había que ir directo al grano, exponer las cosas con firmeza pero con calma, no parecer nunca desesperado y, llegado el momento, saber ser generoso. Pero todo aquello resbalaba como aceite en Esperanza.

—Yo podría echarle un vistazo, quizás sea cosa de nada —propuso Dieter, en perfecto castellano, con acento germánico—. Pero me temo que estamos ante el mismo problema.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Toni observando a Carla, que ojeaba unos libros tirada en un diván.

—Que seguimos sin grúa para subir el coche —respondió Dieter.

—Ya. Pero eso tiene fácil solución, ¿no? Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña.

—¿Carla no te lo dijo? —inquirió Dieter sorprendido, atravesándola con la mirada.

Carla hizo como que no había oído nada. Toni empezó a estar incómodo.

—Yo no bajo al pueblo —concluyó Dieter.

Toni buscó los ojos de Isidro, que estaba sentado en una silla como si no fuese con él la conversación.

—¿Y tú? —le preguntó.

Isidro sacudió lentamente la cabeza.

—Lo mío es la maquinaria industrial, no hay quien entienda esos coches alemanes —dijo finalmente, cuando Toni ya no esperaba respuesta.

—¿Ah, no? —preguntó Toni desencajado, volviéndose a Dieter—. ¿Y puedo preguntar por qué tú no bajas al

pueblo?

—Puedes, y puedo pasarme un rato explicándotelo, pero la respuesta seguirá siendo la misma.

—Siempre hay un buen motivo para hacer algo —dijo Toni pasando al ataque.

—También para no hacerlo —se defendió Dieter con firmeza.

Toni no perdía la compostura y se acercó un poco más a Dieter, buscando confidencialidad.

—¿Qué precio tiene romper tu promesa? —preguntó Toni.

—No es ninguna promesa, no seas infantil.

A Toni se le agolpó la sangre en la cara.

—Es una determinación, y no tiene un precio —añadió Dieter.

—Seguro que hay algo que necesitas, algo que llevas tiempo deseando.

—Lo único que necesito es no tener que salir para nada.

—Estás equivocado —dijo Toni casi para sí mismo, mientras sacaba su cartera por segunda vez—. Todo el mundo necesita algo.

Puso sobre la mesita de café dos billetes de doscientos. Dieter tampoco era ajeno a ese tipo de tratos, era evidente que le estaba molestando.

—Mira, amigo —dijo Dieter poniéndose en pie—. Comprendo que estás en un apuro, pero afortunadamente aquí las cosas no funcionan así. Es precisamente por la gente como tú por lo que me niego a

salir de este refugio. Yo me ofrezco a ayudarte, que probablemente sea más de lo que mereces, y tú vienes a mi casa a insultarme. Sin embargo yo pongo la otra mejilla y te digo que mantengo mi ofrecimiento. Trae tu coche hasta aquí y yo lo miraré. Hay otros caminos.

Toni había sido derrotado y no tenía ganas de escuchar discursos. Cogió a Carla por el cuello de la camiseta y la llevó de vuelta al coche. Él también se sentía insultado.

—Hay un tipo en el pueblo que tiene un tractor —dijo Carla de nuevo en el Land Rover—. Él sí querrá tu dinero.

Toni evaluó con cuidado esa información. Ya había descubierto que Carla tenía una forma peculiar de ir soltando lo que sabía.

—Si puede subir el coche hasta aquí, también podría llevarlo al taller —quiso saber Toni—, ¿no es así?

—Mmm, sí, podría hacerse —dijo Carla.

—¿Y bien? ¿Cuál es el truco?

—Habría que llevarlo cuarenta kilómetros por la carretera, y a la Guardia Civil no le gustan esas cosas. Claro, que si no tienes problemas en pagar la multa...

A Toni no le importaba para nada pagar una ni cien multas, pero no quería cuentas con la Guardia Civil. Sin duda le habría gustado saber por qué todo el mundo en Esperanza parecía hablar en clave, pero decidió no seguir exponiéndose a más respuestas ambiguas y dejó de preguntar. Acabaron bajando otra vez al Val de Robredo.

El tipo en cuestión tenía una nave agraria en las

afueras, llena de trastos y porquería. El tractor tenía un aspecto lamentable, parecía incapaz de llevarse a sí mismo a ninguna parte, y su dueño apenas podía tenerse en pie de la borrachera que llevaba.

—El problema es que no tenemos cómo engancharlo bien, imagínese si se nos suelta ladera abajo...

Toni inspiró profundamente y buscó a Carla con la mirada, que había salido de la nave mientras el hombre estudiaba la situación. Aquello le empezaba ya a sonar a cachondeo. Sacó la cartera y le ofreció un billete de cien.

—Claro que con una buena sogá... —dijo cogiendo el dinero—. Lástima no tener ninguna.

Toni sacó otro billete y el hombre lo cogió también.

—Igual Fulgencio tiene una, pero me parece que hoy iba al médico a...

—Haga el favor de no contarme su vida —le interrumpió Toni contando otros tres billetes.

El hombre trató de cogerlos pero Toni los retiró.

—Organícese como pueda y suba el maldito coche, ¿estamos? —dijo señalando la montaña—. Le daré estos trescientos cuando llegemos arriba.

A Toni tampoco era tan sencillo tomarle el pelo, eso hay que reconocerlo. El hombre dejó de balbucear y se irguió resolutivo, como si se le hubiese pasado la curda de repente.

—Eso está hecho —dijo rebuscando entre polvorientas cajas de fruta.

Unos minutos después ascendían a ritmo ligero por la pista. Toni nunca habría imaginado que aquel trasto

pudiera correr tanto. Saltaban piedras por todas partes y golpeaban la carrocería. Toni le gritó al hombre que redujera la velocidad, pero al no poder bajar la ventanilla, no consiguió que le oyera. Miró por el retrovisor y vio el Land Rover tras ellos. Tuvo la sensación de que Carla sonreía.

Desde que Dieter abrió el capó y empezó por comprobar las conexiones eléctricas tuvo a Toni pegado a su espalda. Cada vez que se incorporaba se chocaba con él.

—Oye amigo, no voy a cobrarte por horas —protestó Dieter—. ¿Por qué no vas por ahí a dar un paseo? —le propuso señalando el monte.

Toni miró a su alrededor buscando la complicidad de Carla, y al no encontrarla pensó que estaría en la casa, hojeando libros que no comprendía, y sintió deseos de estar con ella. Pero entonces se dio cuenta de que quizás estaban pasando demasiado tiempo juntos, y eso no parecía buena idea, así que se internó en solitario entre la espesura. Bajó por el recodo de un regato hasta un claro desde el que se divisaba todo el valle y se sentó en una piedra. Sacó su móvil y lo encendió, pero no había cobertura, y lo apagó de nuevo. Entonces algo se movió en los arbustos. Toni se sobresaltó y cogió un palo. Se preparó para lo peor, y la figura delicada de Abril salió entre los matojos.

—Vaya, volvemos a encontrarnos —dijo ella con una sonrisa.

Toni la encontró preciosa, con un pañuelo atado a la

cabeza y una cesta de mimbre en la mano.

—Me has dado un susto de muerte —confesó Toni soltando el palo.

Por un momento se vio mordido por una serpiente o algo así, y pensó que moriría en un tractor camino de un hospital, quién sabe dónde.

—¿Cómo va lo de tu coche? —preguntó ella.

—¿Cómo sabes tú lo de mi coche? —quiso saber extrañado.

—Aquí no es fácil guardar un secreto —respondió con una sonrisa.

—Lo están mirando ahora —dijo resignado—. ¿Vives aquí? No te vi esta mañana en el desayuno.

—Yo vivo sola. No me gusta mucho la compañía.

—¿En serio? No pareces una ermitaña.

Ella le sonrió un poco ruborizada.

—¿Adónde vas? —preguntó Toni.

—A recoger la cena —contestó Abril levantando la cesta, en la que había dos setas suculentas.

Toni recordó las amanitas caesareas que servían en el Cell de Perelada y se le hizo la boca agua. Hacía calor y tenía sed. Estaba a punto de proponerle un paseo a Abril cuando los arbustos se agitaron de nuevo. Nunca fue muy rápido para esas cosas.

—¡Amigo Toni y amiga Abril! —recitó el timbre sardónico de Pablo—. ¡Qué bella estampa pastoril!

Venía atropellado y rojo como una gamba, cargado con infinidad de aparejos de pesca.

—Hola Pablo, ¿cómo te va? —saludó Abril.

—Pues venía a proponerle a mi amigo Toni que nos dejemos llevar por este embriagador entorno, nos deslicemos hasta el río de aguas puras de ahí abajo, y ejerzamos en armonía el noble oficio de la pesca.

—Debería subir a ver... —trató de decir Toni.

—Tonterías —le interrumpió Pablo con vehemencia—. Acabo de ver al teutón y dice que aún le queda trabajo. ¿Puedes imaginar un modo mejor de amenizar la espera?

Toni miró a Abril imaginándose mil maneras.

—Pasadlo bien —dijo ella mientras Pablo le arrastraba hacia el río.

—Supongo que ya te han contado un montón de sucias mentiras —le dijo a Toni cuando se internaron en el bosque—, pero no tienes nada que temer.

Toni le miró confundido.

—Sobre mí, quiero decir. ¿No te han dicho que soy un esquizofrénico sin medicación?

—No, la verdad —confesó Toni.

—Pues es cierto. Esquizofrenia Hebefrénica, puedo tener una crisis en cualquier momento.

—Eso es muy tranquilizador.

Pablo le miró divertido y sonrió de forma extraña.

—Nunca le he hecho daño a nadie. Si ves que desvarío no me hagas mucho caso.

Llegaron al río y Pablo descargó sus cosas y preparó las cañas. Una vez estaban los sedales en el agua tiró de una cuerda en la orilla y sacó una botella de cerveza.

—El río nos provee de todo —dijo dando un largo trago.

Después sacó pan, embutidos y fruta. Se sentaron bajo un árbol y se pusieron a comer. Una vez que estuvieron hartos, Pablo sacó un gran canuto de marihuana y lo prendió.

—Es uso terapéutico, no recreativo —dijo—. Pero no hay mal que por bien no venga.

Tras un par de caladas intensas le ofreció a Toni, que después de sopesar las consecuencias decidió que al menos le calmaría los nervios.

—Así que éste es el bello oficio de la pesca —dijo disfrutando del aroma.

—Una variante —apuntó Pablo.

Enseguida sintió cómo el THC le recorría el cuerpo. A partir de ese momento todo pareció ir bien de nuevo. Se sumió en la más profunda de las calmas. Cerró los ojos y los sonidos del monte dejaron de parecerle amenazantes.

—Pues no está mal —decidió.

—¿No te has planteado nunca dejarlo todo y perderte en un sitio como éste?

Toni sintió una punzada en el estómago.

—No exactamente. Yo no podría vivir aquí. Vengo de otro mundo completamente diferente, donde las cosas funcionan de otra forma, y ya lo echo de menos.

—Ya, ¿y de dónde te crees que hemos salido nosotros, de Marte? —se quejó Pablo.

—No quería decir eso. Me refiero a que busco cosas diferentes. No hay nada malo en este lugar.

—Esperanza ha sido muy importante en mi vida. Es uno de esos lugares, créeme.

No estaba muy seguro de a qué se refería Pablo pero tampoco tenía ganas de pensar en ello. En ese momento estaba calculando el tiempo que necesitaría para llegar a Gijón a tiempo en el caso de que Dieter no pudiera reparar el coche. Aún era miércoles y ya casi estaba al lado.

—No te preocupes —dijo Pablo, como si le leyese el pensamiento—. Dieter no tendrá que pedir ninguna pieza a ninguna parte, lo arreglará de algún modo. Viene de la Alemania comunista y son gente de otra pasta. Allí uno no salía corriendo a la tienda cada vez que se le rompía algo.

—Eso espero. Tengo que llegar el domingo a la iglesia.

En ese momento una de las boyas rojas desapareció bajo el agua.

—¡Corre! —dijo Pablo—. ¡Es la tuya! ¡Sujétala fuerte!

Y así fue cómo Toni se procuró por sí mismo alimento, por primera vez en su vida.

Cuando volvieron a casa de Dieter ya estaba anocheciendo. Volvían orgullosos, con una buena docena de truchas, y encontraron a Isidro y al alemán tomando un vaso de vino, sentados plácidamente en las escaleras.

—Alguien muy torpe ha intentado hacerte un puente —le dijo Dieter—. Pero ya está arreglado.

Toni se acordó de los chicos del mirador, y de sus padres y de sus madres. Se introdujo en el coche y metió la llave en el contacto. Giró y escuchó el bramido

celestial de los trescientos caballos. Pablo lanzó su gorra al aire y comenzó a gritar como un granjero de Alabama.

—Esta noche celebramos la llegada del otoño y daremos una fiesta —le dijo Carla—. A todos nos gustaría que nos acompañaras.

Como el problema estaba solucionado, decidió aceptar la invitación, y pasar aquí la noche. A él no le quedaba diazepam y en Esperanza al menos había alcohol y marihuana, así que calculó que no le costaría mucho conciliar el sueño.

—¡Vamos, muchacho, come! ¡Que estás muy flaco! —le gritó Mamen al oído, dejando otra bandeja de truchas sobre la mesa.

Sería el orgullo ancestral de haberlas pescado él, la mano de la cocinera, o el hambre que le producía andar arriba y abajo por el campo, pero no habría cambiado aquella cena ni por una mesa en el Bulli. Toni jamás había imaginado que un alimento menor como la trucha pudiera saber tan bien. Incluso el vino le sorprendió agradablemente, nada que ver con el caldo aguado que le sirvieron en el bar de Juan.

Para algunos era la despedida de su estancia vacacional, para otros no significaba más que el paso razonable del tiempo. Fue una gran fiesta, como se hacen en Esperanza, con comida, música y actuaciones. Los niños representaron un entremés de Cervantes, picante y tabernario, que a Toni le causó cierto bochorno pero que fue bien recibido por el resto del público. Unos chavales de pelo largo y sucio soltaron un empalagoso

repertorio de Dylan que le revolvió un poco el estómago. Una niña rubia y alta recitó unos poemas en una lengua incomprensible que Toni identificó como sueco o danés, y que sorprendentemente arrancó algunos aplausos. Luego ejecutó un par de piezas de violín que no sonaron demasiado bien. Más acertado estuvo Dieter al saxo, arrancando tímidos aplausos en el clímax de alguna escala. Le faltó algo de acompañamiento, pero a Toni le recordó sus noches en el Casbah, el bar que tenía en Barcelona. Pablo ofreció un breve concierto acústico y confirmó una vez más a la audiencia que tocaba tan mal como cantaba. Abril, pese a no gustarle mucho la compañía, también estuvo allí, y bailó y cantó con Mamen y Carla, vestidas de polinesias. Toni buscó sus ojos durante la actuación y tuvo la impresión de que le decía muchas cosas con aquella mirada, pero quizás sólo se debía al vino y la marihuana.

La ermita estaba a rebosar, con más gente de la que Toni hubiera podido imaginar aquella mañana, jóvenes y mayores, de toda clase y condición. De todas partes salieron visitantes ocasionales y miembros permanentes de la comunidad, vecinos independientes de la aldea y simpatizantes de los alrededores, como Nicolás Ovejero, guarda forestal, o Laureano Revilla, el administrador de la cooperativa. Conoció a tanta gente que conforme se presentaban olvidaba sus nombres. Cuando consideró que tenía suficiente para dormir hasta el amanecer se retiró discretamente. A Toni no le gustaban las despedidas.

Fue hasta la casa verde muerto de frío y encontró la estufa encendida. Se desvistió y se metió en la cama. Al instante llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Toni.

Entró Carla, repitiendo la danza polinesia, con menos ropa si cabe y más mala intención. A Toni todo aquello le parecía una chaladura, pero ¿qué le importaban a él los absurdos enredos de aquella gente, si pensaba largarse por la mañana?

—Ven aquí, hace frío —dijo Toni dejando un hueco a su lado.

Aquella noche volvió a dormir sin problemas. Por la mañana, minutos antes de salir el sol, se levantó y se vistió en el baño. Recogió con cuidado sus pertenencias y salió a la calle. Iba cargado hasta arriba de cosas, porque no había tenido ocasión de colocarlo todo bien, y parecía que se iba con el doble de trastos de los que trajo. Abrió la puerta del coche con la mano libre, que sobresalía por debajo de una pila de ropa, y arrojó todo adentro. La cinta de su bolsa de piel se enganchó en la esquina de la puerta, y del tirón, como estaba a rebosar de documentos y muy desgastada ya, se rasgó por abajo, lanzando un montón de papeles por todo el habitáculo. Amontonó las hojas en el asiento del copiloto y se sentó al volante. A Toni le pareció un mal augurio aquel desaguisado y le tembló la mano al meter la llave en el contacto. Pero afortunadamente el coche arrancó sin problemas. Se puso el cinturón y salió despacio de Esperanza hasta alcanzar la pista de tierra, y se lanzó

montaña abajo como si fuese Carla con el Land Rover. Al llegar a la carretera de asfalto sintió cierto alivio y se relajó. El sol empezaba a salir sobre la cresta de la sierra. Encendió el equipo de música y comenzó a sonar «Know your rights», el primer tema del disco, una canción que le ponía de buen humor. Entonces empezó a disfrutar de la perspectiva de verse por fin libre, donde nadie pudiera encontrarle, hasta que un tractor salió a la carretera y tuvo la sensación de haber vivido eso antes. Trató de tomárselo con calma. Buscó entre los papeles un paquete de tabaco. Entonces vio algo que llamó su atención. En el membrete de uno de los documentos había un logotipo que no había visto en años y sin embargo le resultaba conocido. Abrió la guantera y buscó con esfuerzo el colgante que le había regalado Abril, dos días atrás. Cuando lo encontró y lo puso sobre aquella hoja no pudo comprender cómo demonios se parecían tanto dos cosas tan alejadas entre sí. En ese momento sonaba ya en el equipo de música «Rock the Casbah», un tema que le traía no pocos recuerdos, y mientras una avalancha se desencadenaba por la vertiginosa pendiente de sus pensamientos, el tractor frenó bruscamente y Toni no tuvo tiempo ni de sujetarse al volante.

Carla se había dormido aquella noche con la esperanza de encontrar a Toni al despertar. Pero eso no se cumplió. Salió al pasillo y observó la casa. Le pareció percibir una sombra al otro lado de la ventana y pensó que podría ser el coche. Salió corriendo con el corazón en un puño y descubrió que no era más que un plástico

que había levantado el viento.

—No estés triste, nena —le dijo Mamen mientras servía el desayuno—. ¿No tienes ya un hombre? ¿Para qué quieres más?

Carla le replicó con una ceñuda mirada pero Mamen no se arredró.

—¡Cuantos pájaros en la cabeza! —dijo sentándose a la mesa—. Además, a la vida siempre le quedan sorpresas.

Entonces empezó a escucharse el zumbido de un motor. No el del coche de Toni sino uno mayor.

—¿No te digo? —dijo Mamen asombrada.

Carla corrió a la puerta y se encontró de vuelta al coche de Toni, remolcado nuevamente por el tractor. Pablo gritó en medio de la calle. A Carla se le iluminó la cara.

El colegio terminó sin apenas darse cuenta. No sabía muy bien cómo lo había hecho, porque no recordaba haberse esforzado en absoluto, pero lo cierto es que un día apareció en casa con el título de graduado escolar. Toni pensó más tarde que tenía cierta lógica, porque a alguien tenían que aprobar en el Clement i Langreu. Lolo, sin ir más lejos, no tuvo esa suerte. Le obligaron a repetir por segunda vez y como ya tenía dieciséis años y a sus padres les traía sin cuidado lo que hacía su hijo, dejó el colegio y se puso a trabajar, en lo único que sabía hacer.

En el verano de mil novecientos ochenta y nueve murió en un accidente de tráfico el hermano mayor de Carlitos, al que todos llamaban Cheli. Volvían de las fiestas de Badalona, donde habían dado un concierto ante más de cinco mil personas. Eran las cinco de la mañana, e iban hasta arriba de alcohol y anfetaminas, cuando el coche se salió de la calzada. Fue todo un golpe en el barrio porque en el accidente murieron también otros dos chavales de la zona. Toni tuvo que reunir mucho valor y dejar pasar varios días para subir a ver a Carlitos

y decirle que lo sentía.

A pesar de la ruptura que supuso su alianza con Lolo, el tiempo había ido poniendo las cosas en su sitio y aunque ahora compartía su vida con alguien más, habían seguido viéndose con regularidad. De otro modo Toni cree que no habría sido capaz de volver a mirarle a la cara, expresión muy de su madre. La casa en la que siempre había ruido, y gente entrando y saliendo, se había quedado vacía. Las persianas no se subían en todo el día, nadie daba voces, y nadie se movía. Carlitos y él se sentaban durante horas en el suelo de la habitación que había sido la del Cheli, que Arturo había dejado libre para irse a Londres, siguiendo quizás los pasos del hermano perdido. Hablaban en voz muy baja. Toni le contaba cosas del barrio, las tonterías que hacía con Lolo, y así Carlitos se reía sin armar mucho jaleo. Pero obviamente no estaba bien.

En el instituto, se podría decir que, al igual que ocurrió en el colegio con el gordo Basterra, él heredó de Lolo el mando de la canallesca de su promoción. Pero allí las cosas eran muy distintas, estaba fuera del barrio, en Prosperidad, al otro lado de la Ronda y era territorio desconocido. En el instituto público de enseñanza secundaria Jordi Arenys, fundador de la Sociedad de Músicos Catalanes y tío del viceconsejero de la Generalitat Enric Grimau, imputado años más tarde por corrupción, el porcentaje de catalanes de pura cepa era aproximadamente de la mitad de la clase, y ellos se regían por sus propias normas. Si añadimos que el

instituto ya contaba con sus propios matones charnegos, y que concentraba a todos los barrios de la periferia, el resultado es que la zona de influencia de Toni se reducía a Carlitos y cuatro pelagatos más. De modo que las cosas estaban casi peor que cuando entró en el colegio.

—¿Qué te parece? —le dijo un día Carlitos al entrar en su habitación. Tenía al cuello colgada una deslumbrante guitarra eléctrica—. Era del Cheli, ahora es de Arturo.

A Toni aquel aparato le daba muchísimo respeto, no se atrevía ni a pasarle la mano por encima.

—¿Y no se la lleva? —preguntó Toni.

—Dice que no puede, que se va a quedar en Londres porque este país es una mierda y allí se vive de miedo.

Toni pensaba que lo que ocurría de verdad era que le daba mal rollo tocarla, como le pasaba a él.

—Escucha —dijo Carlitos encendiendo el amplificador.

Lanzó un zarpazo tremendo que hizo que temblasen hasta los cimientos del edificio. Toni pensó que se iban a llevar una buena bronca y le pidió que parase.

—¡Qué va, si a mi madre le gusta! Dice que así piensa que es el Cheli, que está en su habitación.

Toni me confesó que aquella ya no volvió a ser la misma casa, y que todo fue a peor.

—Podríamos formar un grupo —le dijo Carlitos.

—Ya, pero sólo tenemos una guitarra, y ni siquiera es nuestra —respondió Toni juicioso.

—No importa, la compartiremos, como le hubiera gustado a él —resolvió Carlitos poniéndole los pelos de punta.

Hasta ese momento, Toni no tenía ni idea de música, y el único instrumento que había entrado en su casa fue una flauta de plástico que ni su hermano ni él tocaron más que para dar un poco la tabarra. Tampoco había oído más que la radio de la cocina, aparte de los discos que escuchaban en casa de Carlitos. En su casa apenas tenía derecho a usar el casete de su hermano, y las pocas cintas que tenía éste, que ponía a todo volumen mientras se arreglaba para salir de fiesta, le daban ganas de vomitar. Pero como había que llenar con algo el vacío del fútbol, mientras el espíritu se le iba acostumbrando a ser del Barça, la música comenzó a ocuparlo todo.

Carlitos encontró un manual básico de guitarra y algunas partituras entre las cosas del pobre Cheli y, haciendo turnos, se pusieron manos a la obra. Enseguida se vio que a Carlitos se le daba mejor que a él y ya fuera porque tenía la guitarra todo el día o porque Toni sencillamente no tenía mano, la diferencia pronto se hizo evidente. Toni se aburría y se moría de envidia a la vez, mientras escuchaba cómo Carlitos tocaba con desparpajo. Pensaba que si él pudiera tener también una guitarra aprendería tanto como Carlitos, así que se la pidió a su madre. Ella dijo que se lo preguntase a su padre, y su padre se rió a mandíbula abierta y casi se atraganta con la cena. También pensaba Toni que si el tío Agustín hubiera llegado a su casa contando una película para explicar por qué necesitaba urgentemente una guitarra, su padre habría dicho que para algo está el dinero, y se la habría comprado. Pero claro, tratándose de Toni, el

suelo de su padre apenas daba para mandarle con la ropa sin remiendos al instituto.

—¿Tú podrías darme algún trabajito? —le preguntó a Lolo un día.

Lolo le miró sorprendido.

—No te metas en esta mierda —le contestó.

—Es que necesito algo de pasta —insistió Toni.

Quería mantenerle fuera de aquello, era un buen tipo ese Lolo, pero también se moría de ganas de trabajar con su colega. Un día se lo encontró al salir del instituto.

—¿Recuerdas la casa donde te llevé aquel día? —preguntó Lolo.

Toni hizo un gesto involuntario de pánico.

—No te preocupes, ya sabe que vas a ir tú —dijo.

Sacó un paquete envuelto en papel marrón de correos y se lo dio a Toni, que lo guardó en la mochila. Cogió el autobús y bajó al centro. Le llevó un rato encontrar el portal, aquellas calles le resultaban todas parecidas, y estaba bastante asustado. Se cruzó varias veces con coches de la policía y temía tanto por lo que llevaba encima como por el recibimiento que le esperaba.

Le abrió el mismo tío de mirada aburrida y cabeza tatuada, y pasó a la cocina. Allí todo estaba exactamente igual que en la anterior ocasión. El gordo cogió el paquete sin mirarle a la cara y rebuscó entre unos papeles hasta que encontró un fajo de billetes. Toni y Lolo no habían hablado de las condiciones y ni siquiera sabía cuánto iban a pagarle.

—Espero que seas un poco más despierto que el

imbécil de tu amigo —dijo el Gordo tendiéndole dos billetes de cinco mil.

Toni no se detuvo en valorar la cantidad, nunca había tenido tanto dinero en las manos y salió de allí con una enorme sonrisa. Luego pensó que no era para tanto, y ni mucho menos le llegaba para una guitarra eléctrica. Pero volvió al barrio como si fuese millonario.

Fueron necesarios algunos viajes más para conseguir la guitarra, y aquella se estableció como su ruta personal. Lo hacía de un modo mecánico. Bajaba y subía en autobús, pagando religiosamente su billete para evitar altercados. Se sentía el amo del mundo.

Y al final alcanzó lo que anhelaba. Había un chico en el barrio de quien se decía que le daba a la heroína. Apareció una tarde en los futbolines con una Fender deslumbrante, decía que ya no la necesitaba y la vendía por treinta mil pesetas. Toni no quiso parecer ansioso y sin hacer apenas nada se la sacó por veinte. Fue un negocio redondo porque había sacado mucho más con sus viajes al Raval y le quedó suficiente para un amplificador nuevo que compró aquella misma tarde en una tienda de música del Clot. El problema se le planteó cuando volvía a casa con aquellos aparatos. Si los veían sus padres iba a tener que explicar muchas cosas, así que subió directamente a casa de Carlitos y lo dejó todo en la habitación del Cheli.

—Joder, tío, es una pasada —dijo Carlitos rasgando la guitarra.

Entonces se dio cuenta de que el problema seguía

siendo el mismo, no tendría la guitarra para practicar a todas horas como había pensado.

—Unos colegas de mi barrio tienen un local cerca de la Meridiana —le dijo Lolo a los pocos días—. Son buenos que te cagas y buscan gente para tocar.

Aquello no iba a ser como tenerla en casa, pero al menos podría ir siempre que quisiera. Y como le daba cierta vergüenza presentarse allí con sus pobres conocimientos musicales se llevó a rastras a Carlitos, que no salía de casa desde la muerte de su hermano.

El local resultó ser una cochera llena de trastos y humedad. Había una batería desvencijada montada sobre un palé y los tipos no eran ningunos virtuosos, más bien al contrario, se quedaron boquiabiertos al ver cómo Carlitos se manejaba por las cuerdas. Toni tampoco tenía conocimientos suficientes para juzgarlos, pero había cosas que saltaban a la vista. Hicieron dos copias de la llave y sellaron el acuerdo con cerveza y unos canutos.

—Hay que buscar un nombre para el grupo —dijo Luis, al que todos llamaban Lupo.

Lupo les parecía a todos el tío más grande porque no vivía con sus padres, compartía un piso con otros dos amigos y nunca tenía que irse corriendo a casa.

—¿Y qué pasa con «Los tres cerditos»? —preguntó Kapi, el batería.

—Pues que ahora somos cinco, gilipollas, y ya no tiene gracia.

—¿Los cinco cerditos? —dijo Berto, el quinto en discordia—, y todos se echaron a reír como locos.

Aquel primer día ni siquiera repararon en el hecho de que tenían una batería y cuatro guitarras. Después tuvieron que empezar a organizarse. Como nadie quería ser bajista y Toni sabía tanto de una cosa como de la otra, al final cedió. La Fender se quedó en el local, para Carlitos, que tenía pánico a sacar de casa la guitarra de su hermano, por si le pasaba algo y Arturo se enteraba, y Toni adquirió un bajo de segunda mano en una tienda de viejo que había al lado de la Ciudadela.

En el local lo pasaban en grande y lo que menos hacían era tocar. Aquello era su casa, su punto de encuentro y el garito donde empezaban la fiesta los fines de semana. Pronto se hicieron frecuentes las ausencias en el instituto y las llegadas tarde a casa.

Carlitos se entusiasmó con el proyecto y era el que llevaba las partituras y organizaba el asunto. Empezaron tocando temas de Loquillo, de Leño, de Burning y Ramoncín, y sonaban realmente mal. Carlitos no dejaba de repetirle que el bajo era un instrumento imprescindible y mucho más sencillo que la guitarra. Pero por mucho que Toni se esforzaba no conseguía sacarle ritmo al aparato. Aún después de tocar mil veces las mismas canciones y cuando ya era posible desde fuera distinguir la canción que estaban tocando, Toni seguía teniendo la sensación de estar perdido, de modo que bajaba el volumen de su amplificador y se limitaba a poner poses de concierto.

Finalmente hubo consenso para el nombre del grupo y pasaron a denominarse Nou Barris, en un intento

evidente de participar de la cultura local. Pintaron el nombre con un espray en la puerta de la cochera, con unas letras horribles y descentradas. Pero cuando empezaron a crear sus propias canciones, como el que sabía de aquello era Carlitos y él no entendía ni una palabra de catalán, la inmersión lingüística quedó en la mera anécdota del nombre, del que al menos por identidad geográfica estaban orgullosos.

Toni, sin embargo, no estaba del todo satisfecho. Se había dejado un dineral en el proyecto y seguía sin disfrutar de su arritmia musical. Le consolaba pensar que al menos habían creado algo propio y se sentía menos solo. Además había conseguido sacar a Carlitos de aquella casa de la tristeza infinita, aunque hubiera sido un poco de rebote, y le había incluido por fin entre su gente. Aunque ya tuvo tiempo después de arrepentirse de eso.

El Porsche se había metido literalmente debajo del tractor y había quedado hecho un asco. Toni tenía suerte de seguir vivo, pero aunque consiguiese reparar el coche para llegar a Gijón, ya no le serviría para el pago, como había acordado con su contacto del puerto. Tendría que compensarle de alguna manera y el deportivo ya no era más que un estorbo. Había llegado el momento de deshacerse de él y seguir su camino. Pero eso no iba a ser tan fácil.

—Hombre, andar, andar, igual sí que podría —le dijo Isidro, sentado en las escaleras de la casa de Dieter—. Pero no creo que pudieras llegar hasta La Coruña.

Isidro era un alto aragonés, que había sido mecánico industrial en Barcelona. Llevaban varios minutos allí sentados, mirando el capó destrozado, como cirujanos examinando a un paciente.

—¿Y si os lo regalo? —les propuso Toni.

—No puedes ir al monte sin más y abandonar allí tu basura —objetó Isidro.

—Hay gente que paga mucho dinero por esta clase de chatarra —dijo Toni—. Podríais desguazarlo y vender las

piezas.

—No queremos meternos en líos, Toni —intervino Dieter—. No lo necesitamos.

Había pensado en pedir esa maldita grúa y abandonar el coche en el taller. Al fin y al cabo había dejado ya tantos rastros que no tendría ninguna importancia. Pero pensaba que quizás podría darles algo útil por haberle tratado tan bien. Lo pensaba de verdad.

—Podríais hacer algo con él, no sé, un generador... Un motor Porsche supongo que no se ve todos los días.

—Mmm, saldrían más caras las albardas que la burra —objetó Dieter, con su acento alemán.

—Yo he oído que hay gente que lo hace —dijo Toni.

—Podría hacerse, no digo que no, pero con ese alternador no íbamos a sacar ni para una bombilla —dijo Dieter.

Volvieron a quedarse circunspectos, observando el coche.

—Con un alternador de camión ya sería otra cosa —opinó Isidro.

Dieter estuvo totalmente de acuerdo, pero aquello era un tema competencia de la comunidad, así que requería un consenso. Se habló con Mamen y Sebastián, y se convocó asamblea por la tarde.

Encauzado el problema del coche ahora le quedaba encontrar una forma de salir de aquí. Así que se montó en el coche en busca de la guía Michelin. A pesar de haber recogido los documentos de valor mientras esperaba al tractor, era como si alguien hubiera metido

allí una gigantesca batidora. Había un caos terrible de papeles y objetos mezclados con trozos de cristal. Abrió la guantera y entonces recordó el colgante que le regaló Abril. Lo tenía precisamente en la mano en el momento del accidente, y con el golpe lo había olvidado por completo. Lo estuvo buscando unos minutos pero desistió, pensó que quizás había salido volando fuera del coche.

Volvió a su habitación de la casa verde buscando tranquilidad y pasó largo rato buscando Esperanza en el mapa. Cuando se dio por vencido fue a ver si encontraba a Carla.

—Hay un autobús desde el pueblo, pero sólo los martes —le dijo ella—. A diario tienes servicio desde Argüillas hasta León. De allí te resultará fácil seguir. También hay un tren en Cistierna, pero va parando en todos los pueblos y tarda una barbaridad.

Toni abrió la guía y trató de localizar la ruta en el mapa.

—¿Y se puede saber dónde demonios estamos? —quiso saber.

—No te molestes —dijo ella—, no viene en los mapas.

Aquella idea le atrajo profundamente, y eso le sorprendió.

—Perdóname un momento —le dijo a Carla, dejándola en el comedor.

Esperanza constaba por entonces de siete edificaciones en torno a la calle principal, incluyendo una casa parcialmente derruida, y otras dos en fase de

rehabilitación. Tres de las edificaciones principales estaban compuestas por varias construcciones independientes, como la antigua vivienda del cura, adosada a la ermita, convertida en almacén y vivienda de Mamen, o la serrería y el taller de carpintería, que formaban un mismo bloque con la escuela en construcción y una estrecha vivienda levantada entre ambas, restaurada y ocupada por Mariano y Laura. Como viviendas comunales se utilizaban las casas verde y azul. La verde para los miembros de la comunidad y la azul para los huéspedes, aunque estas divisiones, como se verá, nunca eran estrictas. Después, a ambos lados del camino que bajaba hasta el río había otras siete u ocho viviendas aisladas, nunca recuerdo bien, algunas de las cuales habían sido rehabilitadas y reutilizadas. Toni no sabía con certeza si en una de aquellas era donde vivía Abril, pero sentía la necesidad de hablar con ella.

Descendió el camino del río observando desde lejos las casas. Tenía la sensación de que sabría cuál era la suya con sólo tenerla delante, pero no daba con ella.

—¿Estás buscando a alguien? —dijo una delicada voz a su espalda.

Toni se sobresaltó, como si estuviese haciendo algo malo. Se volvió y encontró a una ninfa nórdica sentada en una valla de madera. Llevaba un vestido de los años sesenta y una flor en el pelo. Toni pensó que podría perfectamente haber sido la portada de un disco de John Denver. La había visto la noche anterior en su despedida, era la niña que recitó la poesía, pero no recordaba su

nombre.

—¿Sabes dónde vive Abril? —preguntó él.

La muchacha sonrió y levantó la mano hacia el río.

—Vive allí abajo. Pero se llega antes por aquí —dijo saltando de la valla hacia el interior de un huerto en desuso.

No tendría más de trece años, pero se comportaba como si fuera adulta. Una adulta compleja, como eran todos en Esperanza. La siguió por los huertos hasta llegar a un regato que saltó con dificultades. Sus zapatos de piel se hundieron hasta la mitad en un barro negro y pegajoso. Al fin salieron a un claro y al fondo vieron una casa pequeña, que Toni pensó que quizás era un establo reconvertido.

—¡Abril! —gritó la chica al llegar a la casa.

Pero no respondió nadie.

—Nunca pasa mucho tiempo fuera, no tardará —dijo la pequeña, sentándose en las escaleras.

Toni pensó que tenía muchas otras cosas que hacer en ese momento, que quizás había sido una tontería ir hasta allí, pero algo le andaba rondando por la cabeza. Se sentó en un tronco para cortar leña y observó el pequeño huerto y el cobertizo, y tuvo la impresión de que se las apañaba muy bien sola.

La casa no tenía una arquitectura precisamente estética, padecía la austeridad típica de la zona, con sus bastos muros de piedras desordenadas, pero había detalles y toques de color en los marcos de las puertas y las ventanas, que la convertían en un lugar agradable.

Un pequeño porche de madera invitaba a sentarse a contemplar el valle. El huerto y la casa estaban rodeados de una valla de madera, pintada de blanco, con un aire muy europeo. Por el interior del vallado paseaban a su antojo unas cuantas gallinas erráticas. Habría reconocido la casa a la primera.

—¿De verdad vas a casarte? —disparó la chica.

Toni empezó a sentirse incómodo.

—Sí, si llego a tiempo.

Ella le escrutó de tal modo que Toni se sintió intimidado.

—Yo creo que no es cierto —dijo con calma.

Toni trató de guardar la compostura, tenía la suficiente experiencia para no mostrar sus sentimientos, pero lo cierto es que no estaba acostumbrado a tratar con críos y le desarmaban por completo.

—¿Ah, no? ¿Y qué es lo que crees?

—Creo que estás huyendo de algo. Quizá ibas a casarte —dijo con un gesto perfecto de su ceja izquierda.

Toni no pudo evitar sonreír.

—¿Por qué iba a huir de mi boda?

—Quizás no te gusta tu vida.

Esas palabras le atravesaron el corazón.

—¿Ah sí? ¿Y qué voy a hacer? ¿Fugarme a una isla del caribe?

Toni tuvo la sensación de haber hablado demasiado. Ella le estudió un momento. Aquello le divertía sobremanera.

—Pues siento decírtelo, pero sí, pareces así de simple.

—¿Simple? —preguntó escandalizado—. ¿Qué tiene eso de simple?

—Vamos... Es ridículo. Es un lugar que has idealizado, fruto del descontento y acorde a tu posición social. Los hombres de mediana edad, exitosos y estresados sueñan con el Caribe o la Polinesia como un niño con Disneyland.

—Vaya estupidez.

—No lo es. Pasas allí unos días y es una fiesta constante, pero si te quedases a vivir acabarías descubriendo que todo es de cartón y que estar todos los días de fiesta es insoportable.

Pensó seriamente en qué demonios iba a hacer él en Punta Cana y se sintió un poco avergonzado. Fundirse todo el dinero que pudiera, claro, darse todos los caprichos. Pero luego, ¿qué? Empezar una nueva vida, suponía. Pero, ¿para qué? ¿Para acabar otra vez haciendo lo mismo, quizás? Era insultantemente perspicaz.

—Creo que me estás juzgando muy a la ligera — protestó Toni.

—Me baso en la observación, pero puedo equivocarme, claro está.

En vista de que no podía con ella pensó que quizás pudiera aprender algo de sí mismo.

—¿Y qué es lo que has observado en mí?

La chica estuvo encantada con aquel juego, se acomodó en su peldaño.

—Ibas por carreteras secundarias, y te niegas a llamar a tu seguro, luego te estás escondiendo.

Se paró un momento para observar su reacción pero la cara de póquer de Toni no dejó traslucir nada.

—Tienes que llegar a La Coruña el domingo, algo te espera allí, quizás un barco. Es la mejor forma de viajar pasando desapercibido. Y si tomas tantas precauciones como para huir de la mismísima CIA quizás haya algo más que un simple matrimonio no deseado. Si no querías casarte sólo tenías que decírselo, ¿no?

—Estás desvariando —dijo Toni.

Pero la verdad es que se le estaba erizando el vello.

—Llevas algo en una cartera negra de la que no te separas, quizás algo valioso, algo que puede asegurar tu futuro, ¿no?

—Es suficiente —afirmó en tono seco.

Ella no perdió la sonrisa y se quedó mirándole en silencio. Seguro que pensaba que hacía años que no ocurría nada tan entretenido en este apacible lugar.

—No pienses que quiero condicionarte —dijo ella—, pero este es un buen lugar para perderse.

—Lo he notado, y no eres la primera persona que me lo dice. Parece una obsesión colectiva.

—Aquí todo el mundo viene huyendo de algo, no eres el único. Y a nadie le interesan los motivos de los demás.

—Claro, como a ti.

—A mí no me interesa en absoluto tu vida. Trataba de ser amable.

Se sintió tan avergonzado que no tuvo valor para disculparse.

—Me llamo Liv, por cierto —dijo.

—Lo sé —mintió él tratando de recuperar terreno.

—No tenías ni idea —aseguró ella con una irónica sonrisa—, eres un liante. Y no quiero que pienses que me meto en tus asuntos, pero yo que tú no me haría ilusiones con ella.

En aquel instante apareció Abril. Venía de lavar la ropa, con el cesto de la colada apoyado en la cadera, y a Toni le pareció que estaba preciosa.

—Me gustaría hablar un momento contigo —le dijo Toni—. En privado —añadió mirando a Liv, que se encendió de rabia y se levantó de un salto.

Abril le invitó a pasar y le preparó un té. El interior de la casa era desconcertante, como entrar en otro mundo. Estaba lleno de objetos por todas partes, tapices, cortinas y alfombras, al estilo de una vivienda árabe o hindú, sin llegar a formar una unidad definida.

—¿Y bien? —dijo ella sacándolo del ensimismamiento—. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Recuerdas la figura que me regalaste en el puesto del mercado? —le preguntó Toni.

—Mmm, sí, más o menos —respondió.

—¿De dónde la sacaste?

—Las hago yo, ¿ves? —dijo mostrando su taller de alfarería, en la sala contigua.

Para Toni cualquier otra respuesta habría sido menos inquietante.

—Pero, ¿de dónde sacaste el diseño, lo viste en alguna parte?

—Supongo, todo viene de alguna parte. Pero no

sabría decir de dónde.

—Haz un esfuerzo, es... es importante.

Abril paseó por la sala con gesto de concentración.

—Cuando hago abalorios me dejo llevar por lo que siento, por lo que me ha pasado ese día. No trato de representar nada concreto, sólo sentimientos. ¿Por qué te preocupa tanto?

Toni se pensó dos veces aquello que iba a decir, pero no podía guardárselo dentro.

—Aquella figura provocó el accidente.

Abril torció la cabeza de incredulidad.

—Mira, Toni, soy una persona muy espiritual y abierta a todo pensamiento. Pero estoy segura de que el colgante no provocó el accidente. Estás proyectando en un objeto parte de tus problemas.

—Ya, ya sé que suena algo raro, yo mismo no me creo lo que digo, pero en aquel momento se produjo una formidable serie de coincidencias. Algo descomunal. No me había pasado algo así en la vida. Fue tan impactante que sentí que abandonaba mi cuerpo. Entonces el tractor frenó, y ya fue demasiada coincidencia. No dejo de pensar en ello.

Dio un trago a su té y tomó aliento. Se dio cuenta de lo tenso que se había puesto.

—Verás —prosiguió—, hace años tuve relación con una empresa, ni siquiera me acuerdo bien. Pero fue una experiencia negativa, por aquella época hacía cosas de las que no estoy orgulloso y que prefiero no contarte. El caso es que yo no había vuelto a pensar en ello. Y ¡zas!,

coincidencia. Me fijo en un documento que no había visto en años. Era de aquella empresa y el logo del membrete era exactamente igual que tu colgante, como dos gotas de agua. Lo verdaderamente extraño es que esté vivo.

—Quizás debía ser así.

—¿Quieres decir que el colgante quería que me quedase aquí? —preguntó asombrado.

Toni presintió que habían conectado.

—No estoy diciendo nada en concreto. Piensa que las cosas son así por una serie de circunstancias. Evalúa tu situación y pon la semilla del siguiente movimiento. Pero no te obsesiones con ello. La obsesión también siembra sus semillas.

Por un instante Toni gozó de una clarividencia absoluta, poco a poco se fue evaporando en la maraña de sus pensamientos, y después de unos segundos ya no le encajaba nada.

—El otro día, en el puesto, dijiste que tenías algo para mí que me estaba buscando —recordó Toni.

—Bueno, es mi forma de comunicarme, con pequeñas sensaciones, pero no tienes que ponerte tan trascendental. No te eché ningún mal de ojo, si es eso lo que estás pensando.

Estaba convencido de que si no se hubiera acercado al puesto de Abril en el mercado habría salido de este lugar esa mañana, probablemente. Si no, el miércoles, y si no aquel mismo día, de no haber recordado el colgante y decidido perder la mañana buscando una respuesta que

quizás no existía. O quizás esa búsqueda en sí era la propia respuesta. ¿Qué diablos iba a hacer él en Punta Cana? ¿Encerrado todo el día en una mansión bebiendo bourbon americano? La pequeña Liv tenía razón, era simple, torpe, y totalmente ridículo. La idea empezaba a resultarle repulsiva. Pensaba en cómo se le había podido ocurrir semejante disparate.

—¿Puedo preguntarte algo? Entre tú y yo —dijo Toni finalmente.

Abril concedió con un gesto de cabeza.

—¿Qué hay que hacer para quedarse aquí? Quiero decir, ¿está abierto a todo el mundo?

—Puedes alojarte un tiempo, como huésped, a cambio de una pequeña cantidad y algo de trabajo. No más de un mes.

—No —corrigió Toni—, me refiero a instalarse aquí, por tiempo indefinido.

Abril se mostró extrañada.

—Para pertenecer a la comunidad tienes que presentarte y pasar tres meses de prueba. Debes trabajar cuatro días a la semana para la comunidad. Si no causas problemas y no te duermes en el trabajo podrás quedarte, si no, serás rechazado —dijo sin entusiasmo.

—Pero tú no vives con la comunidad.

—Pertenezco a la comunidad en un sentido administrativo, pero socialmente soy independiente, como te dije, no me gusta la compañía prolongada —dijo al salir a tender la ropa.

Toni interpretó aquello como el final de la

conversación. Se sentía desamparado y no había sacado nada en claro. Lo único que empezaba a prender en su interior era la posibilidad de quedarse aquí. ¿Era ridículo? Sí, claro que lo era, pero no más que irse a Punta Cana. De hecho, cada vez que se lo repetía le sonaba más absurdo.

En esos quebraderos había olvidado hasta la hora de la comida y su estómago reclamaba atención, pero cuando volvió a la ermita ya se habían marchado todos. En el comedor volvió a encontrar a Carla, que remoloneaba a la mesa con una revista, y Mamen se empeñó en servirle las sobras.

—Supongo que ya no te irás hoy, ¿no? —le preguntó Carla, con voz mimosa.

—No —dijo Toni muy seguro, mirando el fuego de la estufa—. Hoy ya no.

Pasó la tarde dándole vueltas. Según calculó, había muy pocas posibilidades de que alguien le pudiese seguir el rastro hasta Esperanza, dado que el coche no estaba a su nombre y el teléfono móvil que había usado no estaba registrado. Pero en el caso de que alguien llegase preguntando por allí no tardaría en obtener toda clase de detalles de sus idas y venidas por la montaña. Tal vez si hacía continuar el rastro de alguna forma, a nadie se le ocurriría buscarle en este lugar. Pensarían que había tenido un percance y que luego siguió su camino. Quedarse aquí no era propio de él en absoluto y eso era lo que más le gustaba de todo.

Ahora se planteaba otro problema. Para dejar un

rastrero en condiciones necesitaba el coche, aunque saliera remolcado, pero resulta que ya lo había ofrecido a la comunidad. Estaba convencido de que lo había hecho de corazón, así que no entendía por qué entonces no parecía la semilla correcta. Y no sólo eso era un problema, el dinero estaba ya esperándole en la República Dominicana, ¿cómo demonios iba a recuperarlo? Si todas las señales habían apuntado a Esperanza, ¿por qué ahora se le presentaban nuevas dificultades para quedarse allí? Toni no sabía qué le ocurría exactamente pero de pronto se había vuelto terriblemente supersticioso.

Fue invitado a la asamblea como oyente, ya que era el originario de la cuestión. Tenía los nervios a flor de piel y sudaba pese al descenso evidente de la temperatura. Dieter e Isidro explicaron con claridad la idea del generador, Toni pensó que desde luego a él le habría convencido, y a pesar de la buena acogida inicial de la propuesta, enseguida se generaron corrientes contrarias al invento. Maya, la joven que ayudaba a Laura en el establo, alegó un aumento de la contaminación acústica y del uso de energías no renovables, que se llevó una aceptación casi general. Björn Lindgren, el padre de Liv, que tenía algún conocimiento técnico a pesar de ser de letras, arguyó inconvenientes como la baja eficiencia del sistema, y Laura y Mariano entraron en temas más filosóficos y hablaron del espíritu de la naturaleza como lo habría hecho un Amish o un jefe Siuox. Se arrancaron algunas lágrimas. Luego la cosa degeneró en un sinfín de

acusaciones indiscriminadas que incluso se alejaron completamente del asunto del generador. Finalmente se cerró la sesión con un rotundo rechazo al demoníaco aparato.

Toni estaba completamente transportado. Quizás había tomado demasiado vino en la comida pero se alegró profundamente del resultado, ahora las señales volvían a ser favorables. Se estaban despejando todas sus dudas y por fin había abandonado ese espíritu de fatalidad. Buscó a Abril para contárselo, pero con el jaleo que se montó al salir, la perdió de vista.

A quien sí encontró fue a Dieter, que le puso una mano en el hombro y le dijo:

—A veces hay que ceder para asegurar la convivencia.

—¿Cuanto te llevaría hacer que el coche pudiera hacer, digamos, cincuenta kilómetros? —le preguntó Toni, concentrado en sus pensamientos.

—No lo sé, por lo menos un día entero —respondió a la gallega.

—Mañana iré a verte —sentenció Toni.

Ya se había vuelto a disparar su cerebro, la maquinaria de supervivencia estaba de nuevo a punto, y ya ni siquiera le importaba no tener diazepam.

—¿Podrías ir el sábado a Cistierna? —le preguntó a Carla de nuevo en su cama.

Ella le miró decepcionada.

—¿Te vas en tren? ¿Y qué harás con el coche?

—Se me ha ocurrido una idea, pero necesito contar con alguien. ¿Querrás ayudarme?

—Haré lo que me pidas —respondió Carla.

Era curioso lo que sentía. No podía dejar de pensar en Abril y adoraba la compañía de Carla. Era como si de dos personas hubiera hecho una en su pensamiento. De quien no se acordaba en absoluto era de Núria, ni de su vida en Barcelona. El viento soplaba a favor y tenía la cama caliente, así que decidió no pensar en esas cosas y dejarse llevar. Si le hubieran hablado de aquello ese mismo martes se habría reído largamente, pero lo cierto es que había decidido en firme solicitar su ingreso en la comunidad.

Las olimpiadas trajeron muchas novedades a la ciudad, y aunque por los barrios de la periferia parecía que todo seguía igual, se habían creado muchos servicios auxiliares que había que cubrir inmediatamente. A Toni le llovían los trabajos y apenas pisaba un par de horas por el instituto. Pero ya no era por desarraigo, incluso había empezado a sentirse cómodo allí. Repetidor múltiple como era, la edad se había puesto a su favor, y había descubierto entre la élite estudiantil un mercado emergente ávido de todo tipo de sustancias.

—Eso son menudencias —le decía Lolo—, y sólo te puede traer problemas. Hay que pensar a lo grande.

Pero Toni ya había empezado a pensar por su cuenta. Consideraba que las drogas duras estaban pasadas de moda, todo el mundo estaba ya harto de ver a los yonkis tirados por la calle. Era la fiebre de las pastillas y él sabía dónde conseguirlas. Eran cómodas, limpias y fáciles de ocultar, los chavales del instituto las adoraban. Los fines de semana se daba una vuelta por una discoteca de la ronda y vendía hasta el último Gelocatil que llevaba encima.

En el Jordi Arenys ya habían desistido de llevarle por el buen camino, se conformaban con que no crease problemas, y eso le dejaba en una posición muy cómoda. Entraba y salía a su antojo, no tenía que atender en clase y podía pasar el rato preparando sus negocios y mirando a las chicas de las primeras filas. La que más le gustaba era Montserrat Torrent Ribó, y el modo en que lo pronunciaba la señorita Fuster, la profesora de historia catalana, al pasar lista. Aquella sucesión imposible de palabras agudas le alborotaba los sentidos, y la señorita Fuster, atractiva mujer de mediana edad, también. Lástima que el hechizo siempre se rompía cuando la lista llegaba a su persona, y esos labios que adoraba soltaban aquello de «Luis Antonio Herrera Ginés», y se le revolvían las tripas.

Montserrat era una chica rubia, con una cara delicada y unos pechos soberbios, pero no era por eso por lo que le gustaba. Toni adivinaba en ella un espíritu superior y a menudo la veía por ahí sola, sentada en unas escaleras leyendo un libro. Esa independencia suya, y la atracción irracional que sentía Toni por las chicas cultivadas, lo trastornaban sobremanera. En ella observaba todo el aplomo que le faltaba a él, sabedora siempre de estar donde tenía que estar. Pero como sospechaba que Montse no deseaba tocarle a él ni con un palo, tampoco perdía demasiado tiempo en el instituto.

El día lo pasaba de un lado a otro, trayendo y llevando paquetes al gordo del Raval, que resultó llamarse Joan Salabert, biznieto del conde de Salabert,

firmante de la primera constitución catalana. El tío no sufría ninguna aprensión por relacionarse con la españolada periférica, se entendía con todo el mundo, incluso con la policía.

Por las noches acompañaba a Lolo, con una furgoneta que se caía a pedazos, a limpiar un poco las obras de la villa olímpica. Se abría algún candado, se saltaba una valla y siempre aparecía algo interesante. A veces tenían que salir corriendo, pero merecía la pena. Luego vendían el alijo a un quinquí de Can Tunis que recogía de todo.

A pesar de que el dinero entraba igual que salía Toni siempre tenía repletos los bolsillos, y muchas veces no compraba más cosas porque le parecía que era llamar demasiado la atención. Se lo fundía todo en fiesta y en equipamiento para el grupo, que en poco tiempo tenía más recursos que muchas salas de Barcelona. Sin embargo seguían sonando bastante mal.

Carlitos se pasaba el día en el local, haciendo arreglos para los demás miembros de la banda y componiendo temas nuevos cuando aún no sabían tocar los antiguos en condiciones. Sin embargo, debido a los contactos de Lolo empezaron a dar conciertos en locales de barrio. Al principio Toni se ponía terriblemente nervioso, le sudaban las manos y era incapaz de sujetar el bajo. Si las cosas se ponían feas bajaba un poco el volumen del amplificador y a pasar desapercibido. Pero poco a poco se fue acostumbrando, y aunque no mejoraba su técnica empezó a darle todo igual, el grupo, los conciertos, el instituto y las composiciones enrevesadas de Carlitos.

Entonces empezó a disfrutar de los directos. Se metía un par de pastillas y se subía al escenario a darlo todo. Era el miembro más activo del grupo y a pesar de tocar fatal se convirtió en parte del espectáculo.

—Sois buenos, chavales —le dijo el dueño de un garito de Cornellá—, pero no os vais a comer una mierda cantando en castellano.

Seguro que el tipo decía que eran buenos porque le habían invitado a éxtasis toda la noche, pero Toni empezó a pensar que en lo del idioma tenía razón. Cada vez les llamaban más de los barrios nuevos y para las fiestas de los pueblos cercanos a Barcelona, pero el centro ni lo pisaban, era como si lo tuvieran vedado.

En las Roquetas eran los reyes del mambo, ya fuera por el éxito del grupo o porque a su lado había siempre drogas y alcohol. Cuando no estaban en el local estaban metidos en un garito de al lado, llamado la Posada, cuyo dueño era un buen cliente de Lolo, y con el tiempo se convirtió en su bar oficial.

—¿Tú eres Toni, verdad? —le dijo una chica, una noche de fiesta—. Me encanta cómo te mueves en el escenario, eres pura energía.

—Ese no soy yo —le contestó de malas maneras—, es el éxtasis.

Al igual que Toni despreciaba su barrio, su familia y su carnet de identidad, no podía ni ver a las charneguitas que les seguían a todas partes como moscas. Eran blandas, ignorantes y la mayoría se rajaba en el acto final. Entre Kapi, el batería, y Lupo, el cantante, se

habían besuqueado con todas las chiquillas del lugar que valían la pena. Hasta Carlitos, que no terminaba de encajar esa fiesta constante, había mojado un par de veces sin entusiasmo. Él, sin embargo, no podía dejar de pensar en Montse. Sólo pensar en su nombre le ponía la piel de gallina, y siempre se lo repetía mentalmente completo: «Montserrat Torrent Ribó».

Pero al final, con las hormonas saliéndole por los poros, accedió a enrollarse una noche con Carmen Pinillos, otra expatriada como él, ésta de Burgos. Carmen era bajita y apretada, con una bonita mirada. Pero no estaba dispuesta a dejar que le tocara un pelo hasta que se consolidase la relación, con lo cual, después de pasarse las tardes magreando a Carmen en el local, Toni iba por ahí más salido que nunca.

—Eso tiene fácil solución —le dijo Lolo.

Y le llevó a una casa del Raval donde había chicas más jóvenes que él. No es que recuerde demasiado de su primera vez porque antes de ir estuvieron en el bar de al lado, armando a Toni de valor con éxtasis y cerveza. Recuerda que en un momento de la noche ya no sabía con cuál de las chicas estaba haciendo el amor, había un revoltijo de mil demonios, una intensa nube de humo y un buen puñado de pastillas sobre la mesa del salón.

A partir de entonces Toni se convirtió en un buen cliente de aquella casa, y con los ánimos atemperados empezó a devanarse otra vez los sesos con el grupo. Le ponía de muy mal humor pensar que nadie les llamase para tocar por el centro y empezaba a cansarse de actuar

siempre en los mismos sitios. Pero Lolo no estaba por la labor de cruzar la línea, para él era una batalla perdida, y pensaba que más valía centrarse en posibilidades más realistas. Así que un día se plantó él solo en El Traster, que por entonces era la sala de conciertos más de moda del Ensanche. Preguntó por el encargado y salió un tipo con aspecto de roquero revenido, botas de montar y cazadora de cuero, que se llamaba Françesc Parellada.

—Hola, me llamo Toni, de los Nou Barris —le dijo—, el grupo —apostilló al ver que aquello no le decía nada.

—No los conozco —contestó muy seco, en catalán.

A Toni se le aflojaron un poco las piernas y sacó la artillería pesada.

—¿Te puedo invitar a una copa? —le dijo a Françesc.

Y entonces Toni le contó un montón de mentiras sobre el éxito que estaban teniendo por la zona norte de la ciudad, y le ofreció pastillas de todos los colores. Pero Françesc tenía ya mucho rodaje en el mundo de los conciertos como para tragarse las chorradas de un chaval de las Roquetas, y para ponerse a tono prefería la coca, de la que disponía en abundancia. Lo que no le pasó desapercibido fue el hecho de que Toni pagase una botella de Jack Daniel's por adelantado, de la que el propio dueño dio buena cuenta.

—Está bien, os daré una oportunidad —accedió—, ya podéis poner os las pilas.

Pero de pilas no era precisamente de lo que a los Nou Barris les gustaba ponerse, preferían el éxtasis y las anfetetas. El único que era capaz de algo coherente era

Carlitos y un hombre solo no sostiene una banda. Toni tuvo miedo de hacer el ridículo más de lo acostumbrado, había visto conciertos de los Sex Pistols en casa de Carlitos y sabía que en algún momento aquello podía irsele de las manos.

Llegado el día, subieron los trastos a la furgoneta de Lolo, llena de hierros y trozos de cobre, y se plantaron en el Ensanche. Cuando estaban a punto de subir a tocar, Toni se asomó a la sala y se dio cuenta de que la entrada había sido ridícula. Apenas había una docena de personas, entre modernos y universitarios nacionalistas, atraídos quizás por el nombre del grupo, que iban a alucinar cuando les escuchasen berrear en castellano, que era lo más que iban a conseguir hacer en vista del estado de la banda. Lupo se había bebido una botella de pacharán y apenas se tenía en pie, y Kapi y Berto iban ciegos de pastillas. Así que Toni hizo lo propio y se anestesió hasta la médula.

Debían de sonar muy mal, porque no tardaron ni cinco minutos en empezar a ser abucheados. Lolo se encaró al público y empezó a montar bronca abajo. En el escenario el único que aguantaba el tipo era Carlitos, que estaba concentrado en no perder el ritmo. Toni sólo pensaba que en algún momento alguien iba a gritar la palabra «charnegos» y que se iba a liar parda. Sin embargo, me ha comentado en alguna ocasión que es un término curioso, despectivo sin duda, que sin embargo los catalanes apenas usan y que está permanentemente en el pensamiento de los inmigrantes. De modo que no

fue eso lo que pasó. Llegados al tercer tema al Lupo se le olvidó la letra, o le dio una especie de crisis nerviosa y empezó a tambalearse agarrado al pie del micro. Entonces los abucheos ya fueron en serio, los cuatro gatos que estaban allí abajo habían pagado su entrada. Entonces Carlitos se cansó de hacer el ridículo y se bajó del escenario con la guitarra al cuello.

Toni hizo el amago de seguir y se acercó al micro de Lupo para cantar con él, ya que al menos se había aprendido las letras, pero sin Carlitos aquello era ya un ruido insoportable y su voz no sonó tan bien como había esperado. Así que se quitó el bajo de encima y se fue también a la barra.

—Ponme una botella de Jack Daniel's —le dijo al camarero, que miró a Françesc, que le dijo que no con la cabeza.

—Oye tío, yo he pagado para veros tocar —le dijo en catalán un tío alto, con la raya de los ojos pintada—, ¿vais a seguir o pido que me devuelvan el dinero?

—Que toque tu puta madre —le respondió Toni en perfecto castellano.

Pero el tío no debía tener ganas de bronca y se fue directo hacia Françesc a presentar una queja formal. Entonces Lolo vio cómo otro tío del público se acercaba a la guitarra de Carlitos, que había quedado apoyada en la pared, y le daba vueltas mirándola por todos lados.

—Oye tú, deja eso —dijo Lolo apartándolo de un empujón.

—Esa guitarra es mía, y tiene puesto mi nombre —dijo

el tipo un poco intimidado.

A Toni aquello le pareció una solemne chorrada, pero luego lo pensó mejor y se acordó del yonki al que se la había comprado, y determinó que había algunas posibilidades de que aquello fuera cierto. Pero no tuvo tiempo de decir nada porque Lolo ya se había liado a puñetazos. Carlitos salió por la puerta como si no fuera con él la cosa y se largó, y banda y público se fundieron en una nube de patadas y botellas volando.

Françesc resultó ser muy eficiente para mantener la paz en su sala y casi él solito consiguió reducir al mermado grupo, que por otro lado, apenas se tenía en pie. Sólo necesitó ayuda para sacar de allí a Lolo, que se había atrincherado dentro de la barra esgrimiendo dos botellas llenas de Marie Brizard.

Volvían todos magullados en la furgoneta, y del material apenas habían recuperado la mitad.

—Se va a enterar este cabrón —repetía Lolo agarrando con furia el volante—. No sabe con quién está tratando.

Tenía la boca llena de sangre y una ceja abierta. Toni pensó que de verdad daba miedo.

Como ocurría siempre, estas estupideces gustaban mucho en el barrio, a lo que ayudaba bastante que la versión de la historia que trascendía era sensiblemente partidista. A Carmen Pinillos aquello le impresionó sobremanera. Tanto que le propuso a Toni que cogieran una pensión. Conociendo como conocía la casa de putas del Raval, aquello le parecía más bien aburrido, pero

tampoco iba a dejar pasar esa oportunidad. De ese modo Carmen se convirtió por derecho en su novia formal, lo cual traía aparejados otros cuantos inconvenientes, como estar siempre localizable y pendiente de ella, y aquello no terminaba de convencerle. Tenía la sensación de haberse metido en un lío monumental, pensaba una mañana, mientras miraba entre los pliegues de la blusa de Montserrat Torrent Ribó. Carmen le aburría y le exasperaba a partes iguales y él soñaba más aún con estrechar la cintura de Montse, en la piscina de un chalet de Pedralbes, mientras hacían el amor. Entonces entró en la clase el director y le hicieron salir.

—No es para tanto, sólo le estaba mirando las tetas a la Torrent —espetó cuando salía, levantando una oleada de carcajadas, como ya era costumbre.

Pero la cosa era bastante más desagradable. Durante ese fin de semana un alumno de COU había tenido un colapso nervioso, lo que en argot se puede considerar un amarillo, o quizá un blancazo. Estaban en una discoteca de Badalona, en una rave, y sus amigos decidieron sentarle en un rincón hasta que se le pasase, pero no se le pasó. Todos se olvidaron de él y siguieron con la fiesta. Ya por la mañana, cuando cerraron el local e intentaron llevárselo, vieron que no reaccionaba. Estaba temblando y muerto de frío. Lo llevaron al hospital y avisaron a sus padres. Tras varias horas en observación los médicos dijeron que ya no era probable que se recuperase por completo.

Entonces la familia llamó a la policía y se armó el

follón. Los amigos del chaval lo largaron todo, con pelos y señales, quién les había vendido la droga, cómo se llamaba y dónde vivía.

Como era la primera vez que pasaba por comisaría y se demostró que las pastillas que les vendió Toni no estaban adulteradas, le dejaron ir con un arresto domiciliario. La causa del accidente se determinó en abuso de estupefacientes y consumo simultáneo de diversas sustancias, como grandes cantidades de alcohol. A Toni le acusaron sólo de tráfico menor, ya que el día que le detuvieron no le habían cogido con nada. De otro modo se le habría caído el pelo, porque el muchacho en cuestión era hijo de un inspector de los Mossos d'Esquadra.

—Tienes suerte de que no te esté interrogando su padre —le dijo el agente que le tomó declaración—, por lo menos te iban a caer unas buenas hostias.

A pesar de que Toni no dijo una sola palabra sobre cómo había conseguido él la droga, Lolo le dijo que no querían verle por la casa del Raval en una temporada. Sus padres no volvieron a confiar en él y le expulsaron del instituto. Así que se quedó más solo que la una. Carlitos al menos le acompañó en los arrestos domiciliarios con la guitarra del Cheli, que a Toni le seguía dando muy mal rollo, tocando sin amplificador porque al contrario de la señora Amparo, la madre de Carlitos, en su casa no soportaban el sonido estridente de la guitarra. Lo único bueno que sacó de todo aquello fue que Carmen Pinillos ya considerase demasiado grave

una acusación de asesinato, que era lo que se decía por el barrio que había ocurrido, y le escribió una sentida carta de ruptura. Al menos así pudo librarse de ella sin lágrimas ni reproches, y dedicar todo el tiempo libre del que disponía a crear una imagen a su antojo de Montserrat Torrent Ribó.

Días más tarde, Toni leyó en el periódico de su padre que un violento incendio había arrasado una sala de conciertos de la capital. Miró bien las fotos y, aunque no se veía más que la fachada calcinada de un edificio, no había duda de que se trataba del Traster de Francesc Parellada.

A primera hora de la mañana estaba en el bar de Juan, con la cartera negra al hombro, rudimentariamente remendada. Pero se había afeitado y cambiado de ropa y zapatos. Su aspecto volvía a ser el mismo que cuando llegó, y como tal, acaparaba las miradas curiosas de los clientes del bar con la misma intensidad que el primer día.

—De modo que sigue su camino —le dijo Juan.

—Sí, creo que ya va siendo hora —respondió Toni, removiendo su café sobre la barra.

—Seguro que ha sido una experiencia interesante.

—No lo dude, no sabría cómo explicarlo.

Juan le obsequió con una sonrisa impropia, paternal. Al otro lado de la barra se escuchaba con igual atención. Manolo, el dueño del tractor que le había llevado a Esperanza, se dirigió a él.

—¿No esperará llegar muy lejos con ese cacharro de ahí fuera? —soltó sin miramientos.

—Le parecerá una locura, pero confío en él.

—Yo creo que no llegaré ni a Cistierna. Ya me tocará otra vez ir a remolcarlo.

—Pronto lo sabremos —dijo Toni apurando el café—. Quizá volvamos a vernos.

Juan le estrechó con fuerza la mano. Salió del bar y se montó en el coche. La verdad es que el 911 tenía un aspecto lamentable, pero andaba, milagrosamente andaba.

De camino a Cistierna se encendieron y apagaron varias veces todos los pilotos de advertencia que tenía el tablero de mandos. Toni trató de no prestarles atención. Mantuvo la mirada fija en la carretera, concentrado en no cometer otra estupidez. Y por fin se abrió un poco el paisaje y llegó a Cistierna.

Tardó un poco más de lo esperado en encontrar la estación de tren y cuando lo hizo buscó un sitio discreto para aparcar. Cogió sus maletas y entró en el edificio. Era un lugar adusto y oscuro.

—Un billete de ida para León —le pidió al taquillero.

Pagó en efectivo y miró su reloj. Aún faltaban cuarenta minutos y preguntó por una cafetería. El hombre le indicó un bar fuera de la estación, y Toni se dirigió allí y tomó otro café. Estaba profundamente excitado y la cafeína le terminó de trastornar. Vio el periódico sobre la barra, pero no se atrevió a tocarlo. Encendió el teléfono y observó el indicador de batería. Aún le quedaba un cuarto de la carga, así que puso la radio, le quitó el volumen y lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Cuando faltaban veinte minutos para la llegada del tren salió del bar y se dirigió de nuevo a la estación.

Mientras esperaba en el andén, le vino el recuerdo de otras esperas similares, como el día que se fue a Londres, con diecinueve años. Y se le puso la carne de gallina. Miró el teléfono y vio que la batería había bajado ostensiblemente. Desconectó la radio.

Una vez en el tren buscó un vagón vacío y se sentó. Dejó pasar varias estaciones, como había acordado con Carla. Pasó el revisor y le picó el billete. Justo antes de llegar a la parada convenida volvió a sacar el teléfono y conectó la radio. Luego marcó el número de su casa en Barcelona y esperó a que saltara el contestador. Tenía cincuenta y tres mensajes nuevos. Le bajó el volumen, abrió la papelería a sus pies y lo tiró dentro. Pensó que si la extensa llamada al buzón no terminaba con la batería lo haría la radio en menos de media hora. Entonces bajó del tren.

El apeadero estaba vacío como había previsto. Rodeó la pequeña oficina del jefe de estación y caminó unos metros hasta la carretera. Era mediodía y no había un alma por allí. Toni encendió un cigarrillo, se sentó en la maleta grande y esperó.

Pero el tiempo pasaba y Carla no venía a por él. Empezó a ponerse nervioso, como en la estación del Puente de Londres, mientras esperaba a que apareciese Victoria. Al igual que aquella vez, tuvo la sensación de haber hecho la mayor tontería de su vida, y se veía solo y vulnerable. Había vuelto a poner toda su existencia en manos de una mujer. Sólo que en esta ocasión el Land Rover por fin apareció.

—Lo siento, me perdí —dijo Carla con una sonrisa estúpida, después de frenar bruscamente a su lado.

Cargaron sus maletas y las taparon con una lona. Toni subió a la parte de atrás y se tumbó en el suelo. Por un momento había tenido miedo, y toda la seguridad que tenía se había esfumado, así que durante el viaje de vuelta a Esperanza no tenía ganas de hablar.

—Eché el paquete y compré las cosas que me pediste— dijo Carla.

—Bien.

—¿Quién es ese Esmond Lockhart, algún amigo?

—Ahora no puedo decírtelo.

Toni había cribado los documentos por importancia: Aquellos que necesitaba en su poder y aquellos que podían aliviar su situación si le atrapaban. Éstos últimos los metió en un sobre y se los dio a Carla, para que los llevase a correos. Iban dirigidos al señor Lockhart, su abogado en Londres, con las instrucciones de entregarlos a las autoridades españolas si le sucedía algo. El resto, los primeros, eran aquellos que le acreditaban como administrador de una empresa dominicana, donde le aguardaba el dinero para su posible fuga. Ninguno de estos detalles quería compartirlo con nadie, y mucho menos con Carla.

Al llegar a la aldea descargó sus cosas y se encerró en la habitación de la casa verde. No sentía precisamente la euforia que había esperado. Abrió el periódico que le había encargado a Carla y buscó alguna noticia de la EIB. Pensó que no habría novedad y ya iba a dejar de buscar

cuando encontró una escueta reseña en una columna lateral. Artur Casadevall había salido de la cárcel mediante el pago de una abultada fianza. Ahora las investigaciones estaban centradas en determinar la deuda real de la constructora, lista a la que se sumaban diariamente empresas, ayuntamientos y particulares. Y por si eso fuera poco, habían empezado a cuestionarse determinadas concesiones municipales y autonómicas, y el nombre de la Sociedad Catalana de Inversiones había empezado a sonar como uno de los más importantes acreedores. El embrollo era monumental y el sumario crecía de un modo desatado. Al terminar de leer esas líneas empezó a sentirse mal. Oyó que alguien golpeaba suavemente la puerta, supuso que sería Carla y no abrió. Prefirió enredarse en sus pensamientos oscuros y pesimistas. Al rato escuchó la campanada que anunciaba la comida y se quedó dormido.

Se despertó al atardecer. Le dolía la cabeza y no había comido nada desde el desayuno. Necesitaba con urgencia echar un trago y empezó a darse cuenta de su nueva situación. Revolvió toda la casa hasta encontrar una botella de Anís del Mono que sabía apolillado. Se encerró en el baño con el neceser, sacó las tijeras y empezó a cortar su melena desde la raíz. Aquello le llevó un buen rato porque las tijeras eran pequeñas y no estaban bien afiladas. Luego se cubrió la cabeza con espuma de afeitar y con mucho cuidado fue pasando la cuchilla. Cuando terminó tenía el corazón desbocado, había sido algo tan insólito como atracar un banco. Calculó que a la

velocidad que le crecía la barba sería completamente irreconocible en una semana, si es que no lo era ya.

Entre toda la ropa que se llevaba a Punta Cana obviamente no había nada adecuado para la montaña. Hasta su ropa deportiva resultaba allí ridículamente sofisticada. Desechó los trajes y las camisas. Se quedó con unos vaqueros y una sudadera de deporte. Parecía un yonki del Raval.

Salió a la calle y sintió el frío intenso de la noche. Pensó volver a entrar, a por una gorra o algo que le tapase la cabeza pelada, pero comprendió que enturbiaría un poco el impacto inicial y prefirió martirizarse por su audacia. Encendió un cigarrillo y comenzó a caminar despacio hacia la ermita. No tenía prisa por bautizarse.

—Veo que has vuelto —dijo una voz en la penumbra.

Toni reconoció la voz aterciopelada de Liv. Saltó como un gato de la tapia donde estaba subida.

—¿Qué hacías ahí? —preguntó Toni.

—Miraba el valle, hay luna llena. Vaya cambio radical, ¿no?

—Pues me has reconocido a la primera. ¿Qué te parece?

Liv se lo pensó unos instantes.

—No es que me gustase especialmente el look de noviete de la Barbie, pero creo que lo prefiero a éste.

—¿Eres siempre tan sincera?

—Tengo derecho a decir lo que siento. Podría haber sido mucho más crítica con tu aspecto, pero no lo he hecho.

—No lo pongo en duda. Es un pensamiento muy adulto.

—Me lo dijo una psicóloga, no me lo inventé yo. Y ya lo creo que es adulto, cuando te dicen que puedes hacer y decir lo que quieras te das cuenta de que las palabrotas o la zancadilla ya no tienen tanta gracia, y entonces te conviertes automáticamente en adulto.

—Algunos adultos no llegamos nunca a comprender eso.

—Algunos niños tampoco comprenden que son niños. Pero no es mi caso. Según la doctora he tenido una infancia breve pero satisfactoria.

—Me alegro. ¿Tuviste algún problema?

Liv le puso esa mirada escrutadora de estar pensando a la velocidad del rayo.

—Sí, pero no voy a contártelo todavía.

—No tienes que hacerlo si no quieres.

—Bueno, creo que es importante que lo sepas. Recuerda que tengo que decir lo que siento. Pero no quiero asustarte en el comienzo de nuestra relación.

—¿Estamos comenzando una relación?

—No pienses en nada sexual, la diferencia de edad es insalvable —dijo ella con sorna—. Además, tengo novio.

—¿Ah, sí? No pierdes el tiempo.

—Pues yo empiezo a pensar que sí —contestó un tanto compungida—. A veces se comporta como un imbécil. Por eso tengo que llenar sus lagunas con otro tipo de relaciones. Tú puedes llamarlo como quieras, pero yo lo llamo por su nombre.

—Está bien. Te aburriré enseguida.

—Tendrías que hacerlo realmente mal, ¿sabes? —dijo con un atisbo de sonrojo—. Suerte en la presentación.

Lo que nadie le había dicho a Toni era que tenía que hablarnos a todos. Lo había hecho a menudo, hablar y convencer a un grupo de personas, pero aquello le parecía ridículo y se sintió intimidado.

—No es necesario que nos cuentes detalles, Toni —explicó Mamen frente a los treinta miembros de la comunidad—. Sólo dinos qué sientes, por qué quieres quedarte aquí.

El corazón le latía con fuerza, le sudaban las manos, no se le ocurría nada que decir. Toni tragó saliva y buscó el apoyo de alguna cara conocida. Encontró a Carla, que había estado toda la cena pegada a Sebastián y ahora bajaba la mirada. Después vio a Abril, que le sonreía sin transmitirle nada. Y finalmente encontró los ojos azules de Liv, que le hicieron una mueca de aburrimiento.

—No me gusta mi vida —soltó de repente—. Quiero cambiarla, pero cambiarla de verdad.

—Bienvenido, Toni —dijo Mamen emocionada—. Nos reuniremos otra vez dentro de tres meses para tu evaluación. Te deseamos lo mejor.

Todos aplaudimos y él sonrió aliviado. Afortunadamente recobró un poco de ánimo. Había vino en abundancia y se quedó hablando con unos y otros hasta que el último vecino abandonó el comedor. Yo fui uno de los que hablaron esa noche con él, aunque no puedo decir que nos llegásemos a conocer porque él,

posteriormente, no se acordó nunca de aquella conversación.

—Yo he conocido a mucho idiota proselitista —me dijo sin venir a cuento—, y sé que en todas partes se establecen relaciones de poder, pero no voy a entrar en toda esa mierda. Lo he dejado para siempre porque no me gusta mi vida.

Como aún no sabía nada de él me sentí un poco invadido por su vehemencia, dejé que se desviara la atención y me alejé de allí. Ya tuvimos mejor ocasión de conocernos, más adelante. A quien sí conoció aquella noche fue a Rogelio, el habitante más longevo de Esperanza, que debía tener por esos días cerca de los ochenta años, aunque ya había perdido a esas alturas la peculiaridad de ser el último nacido en el lugar.

—¿Y usted qué hace por aquí? —le preguntó Toni, creyendo que se trataba de uno de los huéspedes.

—¿Qué hago yo? ¿Qué hacen ustedes? —respondió dejando a Toni cortado—. Esa debería ser la pregunta.

—No me diga que es usted de aquí —recapacitó.

—Sólo desde el día que nací —dijo Rogelio con una mueca burlona—. Yo nací en la casa de la esquina, la primera, que es donde vivo desde entonces, y me bautizaron en esa misma pila.

Rogelio señalaba una piedra horadada que había junto a la pared. Acostumbrado al velado desdén que le dedicaban la mayoría de los habitantes, tanta sinceridad le retrajo un poco, como cuando hablaba con Liv, pero tras unos minutos de conversación se encontró cómodo

y lúcido.

—¿Y sólo queda usted?

—Sólo yo, y de milagro —dijo Rogelio mientras liaba un cigarrillo—. Nunca fue un pueblo muy grande, no era más que lo que ves, una aldea, y vinieron tiempos difíciles para toda la comarca. Proyectaron el pantano del valle y mucha gente tuvo que dejar sus casas. Construyeron nuevos pueblos, sí, pero muchos aprovecharon el empujón para irse lejos, y no se les puede culpar. ¿Quién puede esperar que a una persona le quiten todo lo que ha conocido y siga viviendo sin más en el pueblo de al lado?

A Toni le recordó su propia historia, la de su familia.

—Pero usted no se fue, ¿no?

—Sí señor —dijo Rogelio muy digno—, a Bilbao. De cincuenta hasta el cincuenta y tres, trabajando en los altos hornos. Lo que pasa es que no me gustó, y allí conocí a mi señora, a la que tampoco le gustaba, y nos volvimos los dos.

—Emigrar no da la felicidad —dijo Toni ensimismado.

—Nada da la felicidad, leche —dijo Rogelio con un golpe en la mesa—. Eso son todo tonterías.

Toni se sobresaltó por el ímpetu del anciano.

—La cuestión es —continuó Rogelio acercándose a él— si uno está donde quiere estar.

En ese momento tuvo la sensación de que las palabras de Rogelio iban mucho más allá de aquella vana conversación, que de alguna forma sabía sobre él mucho más de lo que él había contado, y que aquellas

interpelaciones estaban dirigidas a la parte más profunda de su entendimiento.

—Entonces —dijo Toni al cabo de unos segundos—, usted cree que no hay un camino correcto.

—Lo hay —aseguró Rogelio—, pero para cada uno es diferente. Yo he sido feliz quedándome aquí, dedicándome a la profesión que me enseñó mi padre, pero otros está claro que no, porque se fueron.

Toni pensó que tenía mucha razón, que quizás él nunca tenía que haber salido de las Roquetas, o sus padres de Fuenterromán, y quizá las cosas habrían sido mucho más fáciles para todos.

—Tal vez se equivocaron —dijo Toni.

—Si lo hicieron tardaron mucho en darse cuenta, porque no volvieron.

Se quedaron unos instantes en silencio, rumiando cada cual sus pensamientos.

—¿Y qué le parece a usted todo esto? —pregunto Toni con un gesto de la mano, que abarcaba toda la ermita.

Los frescos de las paredes y de la cúpula envolvían el templo en una atmósfera onírica e irreal. Desde el retablo semidesnudo les miraban con gesto triste la virgen del Molar, una talla de apenas cincuenta centímetros, patrona del lugar, y la pintura cuarteada de un Cristo agonizante.

—Yo creo en Dios a mi manera, y seguro que él prefiere esto a que estuviera vacía. ¿No le parece?

—Bueno —agregó Toni—, no me refiero sólo a la ermita, sino a todo en general. ¿No le molesta que esto

se haya llenado de extraños?

—Pues mire, yo opino como él —dijo levantando el vaso hacia el retablo, como si estuviera brindando con el cristo—, que mejor lleno que vacío, porque sin gente no hay vida, y con un poco de voluntad todos podemos entendernos.

Ninguno de los dos recuerda cómo acabó aquella conversación. Al llegar a la habitación, Toni no encontró a Carla, como esperaba, pero alguien había encendido la estufa. Se acostó en su lado de la cama, dejando libre el sitio de ella, y mientras esperaba se quedó dormido. Al despertar por la mañana el viento hacía golpear con furia las contraventanas contra la pared, le dolía terriblemente la cabeza y Carla no había aparecido. De hecho, el día que presentó su solicitud a la comunidad fue la primera noche en Esperanza que durmió solo.

Arturo, el hermano de Carlitos, volvió contando maravillas de Londres, pero más pobre que una rata. A Toni le daba la impresión de que le pegaba al caballo, porque estaba muy flaco y había vuelto para quedarse en casa de sus padres. Carlitos estaba encantado con su regreso, traía consigo un montón de discos y revistas que le volvían loco, aunque no pasó ni un día hasta que empezaron las tiranteces, sobre todo, las que se derivaban de las pertenencias del Cheli. Arturo reclamó la guitarra, pero Carlitos, que había establecido tal relación con el instrumento que era incapaz de disociarlo de su hermano muerto, se negó a soltarla. Se produjo entonces una batalla campal, todos los vecinos fueron testigos del suceso. A pesar de que Carlitos había crecido y se había fortalecido, Arturo seguía teniendo más mala leche y salió perdiendo el de siempre, que se quedó sin la guitarra. Lupo le dijo a los dos días que la había visto en la tienda de viejo de la Meridiana, a un precio ridículo. Cuando llegó Carlitos ya había sido vendida.

A raíz del incidente de la guitarra, Carlitos ya no vio motivos para perdonar a Arturo, como había estado

haciendo toda la vida, y en vista de que éste no pensaba irse a ninguna parte decidió entrar en la rueda de descalificaciones e insultos que dominaba aquella casa. Y quizás por ese motivo, o por otro desconocido, el señor Feito, harto del ambiente opresivo de su hogar, se dejó querer por una secretaria manchega de la fábrica, tanto, que un día llenó una maleta con cuatro cosas y se marchó de casa. Sin embargo, a ninguno pareció importarle demasiado, ni siquiera a la señora Amparo, que permanecía sumida en el luto espiritual.

Cuando terminó el arresto domiciliario, Toni se había quedado ya sin un céntimo y las posibilidades de volver a las entregas eran escasas. En los doce fines de semana que la policía estuvo yendo a casa de sus padres para confirmar que se encontraba allí, le había dado tiempo de sobra para conocer a todos los agentes del barrio y a ellos para conocerle a él. Cada vez que le veían por la calle paraban el coche patrulla y le saludaban.

—¿Herrera, no irás a hacer una tontería? —le decían—. A lo mejor la próxima vez a donde te vamos a visitar es a la cárcel.

—Qué bien, allí les encantan los tíos cachas como vosotros —contestaba él.

Era un tira y afloja inofensivo, pero nadie quería arrimarse a quien tenía a los maderos todo el día pegados al culo. Y menos si tenían los bolsillos llenos de pastillas, o iban en un coche sin papeles, o si conducían completamente borrachos, como le pasaba a casi todos sus amigos.

—No dejéis material en el local, chicos —les decía Lolo—. Desde que empezó esta movida no paran de pasar los maderos por la puerta.

Y era verdad, estaban locos por hacerle una redada a los Nou Barris. Pero Toni tenía que buscarse la vida de alguna forma, así que volvió a lo que mejor sabía hacer, vender pastillas por las discotecas.

No le costó mucho hacerse otra vez con clientela, era el momento cumbre del bacalao y las pastillas le duraban menos que caramelos a la puerta de un colegio. Pero tampoco quería expandir mucho el negocio, así que una vez que se hizo con unos cuantos clientes habituales dejó de vender a desconocidos. Se andaba con mucho cuidado, llevando poco de cada vez, siempre de día, subía hasta el poblado y bajaba callejeando, evitando las zonas conflictivas. Los viernes iba siempre a la sala El Cel, en la punta de arriba de la Diagonal, y volvía en autobús por la mañana. Como los del barrio odiaban ese sitio el único que le acompañaba era Carlitos, que debido a los desagradables hechos acontecidos en su casa, pasaba todo el tiempo en el local, y no pensaba más que en el grupo.

—La banda está bien, quizás le sobren tres o cuatro componentes —decía—, pero yo le veo futuro.

Había empezado a tener cierto sentido del humor y se había vuelto más sociable, pero quizás sólo eran las pastillas que le daba Toni para que no se le durmiera. Se ponía a bailar como loco, en medio de un montón de desconocidos, y se le olvidaba el motivo por el que estaban allí. Toni tenía siempre presente al pobre diablo

del instituto que se quedó tocado por las pastillas y dosificaba las suyas y las de Carlitos con una precisión clínica.

Una de esas noches vio acercarse entre la multitud una cara conocida. Hasta que no la tuvo en las narices no se dio cuenta de quién era.

—Hola, Toni, ¿cómo te va? —le dijo Montserrat Torrent con voz mimosa—, ¿no tendrás algo para pasarnos?

Iba extremadamente provocativa, y sus atributos resaltaban de un modo exorbitante. Aunque hacía tiempo que no la veía y casi se había olvidado de ella, de inmediato quedó de nuevo prendado, en cuanto repasó mentalmente sus apellidos.

—Ya no me dedico a eso —le dijo haciéndose el interesante.

Entonces reparó en que nunca había hablado con ella y empezó a reblandecerse.

—Había pensado que igual podías compartir algo de lo tuyo. Estoy aquí con dos amigas —dijo señalándolas y dejando que sus labios le rozaran la oreja al hablar—. Si quieres te las presento, ¿tú con quién estás?

Toni buscó a Carlitos con la mirada, pero no conseguía distinguirlo entre las cabezas que rebotaban en la pista.

—He venido con un amigo, pero no sé dónde está.

Por lo visto las amigas resultaron unas petardas y unas estiradas, con apellidos tan rimbombantes como los de Montse, pero sin sus generosas proporciones ni su

espíritu independiente. Cuando Toni empezó a repartir pastillas las tenía a las tres babeándole en el hombro. Al cabo de un rato apareció Carlitos hecho un cromo, empapado en sudor, con pelos de loco, pero las chicas no se arredraron. Estuvieron un rato decidiendo quién iba a quedarse con él. Al final parece que le tocó a la morena y se pusieron en un rincón a meterse mano. Cuando la fiesta empezaba a decaer Montse propuso ir a su casa, en la que no había nadie, porque sus padres estaban pasando unos días en la Costa Azul.

La residencia de los Torrent era uno de esos sitios donde se imaginaba haciéndole el amor a Montse, aunque a primera vista no logró localizar la piscina de sus sueños. Estaba excitado y nervioso. Montse sirvió unas copas en el salón y puso música. Luego Toni sacó todo el éxtasis que llevaba y lo dejó sobre la mesa. En seguida las pastillas fueron bajando y la temperatura fue subiendo. Montse lo cogió de la mano y lo llevó a la habitación de sus padres. Cuando se desnudó pensó que le iba a dar algo. Ella misma le puso el condón y se tumbó sobre la cama. Toni se deshizo de su ropa y se abalanzó sobre ella, queriéndose comer cada centímetro de su piel. Montse gemía de placer de tal manera que se enteraba toda la casa, pero eso no le pareció mal, fue en cuanto la penetró cuando supo que algo no iba del todo bien. Ella se retorció y disfrutaba como si él no estuviera allí. Tenía los ojos cerrados y se agarraba a la cama en lugar de a él.

—Mírame —le susurró.

Pero ella no obedeció. Quizás serían las pastillas pero Toni empezó a obsesionarse con la idea de que Montse no se atrevía a tocarle, que estaba dispuesta a dejar que la follase el camello charnego de su instituto pero que no estaba dispuesta a ponerle una mano encima, y mucho menos a mirarle a la cara. Entonces trató de buscar sus ojos, sujetándola de la barbilla, pero ella se estiraba hacia atrás y se resistía, hasta que el juego debió de parecerle molesto.

—¿Qué coño estás haciendo? —le preguntó ella.

—Quiero verte, que me mires a los ojos.

—¿Tú estas pirado o qué? —dijo pasando de pronto al catalán, algo que no había hecho en toda la noche—. No pares, joder.

Pero a él aquello ya le había sabido a insulto. Se levantó y empezó a vestirse.

—¿Pero qué te pasa, tío? —dijo ella pidiendo explicaciones.

—Que conozco putas en el Raval más cariñosas que tú —contestó sin ambages.

Aquello no le hizo ninguna gracia a la Torrent, que empezó a tirarle todo lo que encontraba a su alcance. Eso seguro que no iba a gustarle nada a sus padres cuando volvieran de la Costa Azul. Toni salió al salón y rescató a Carlitos de las fauces de las otras dos, que no habían terminado de decidirse quién se llevaba al chico. Se quedaron dando gritos a la puerta de la casa. Aunque eran parcelas grandes, seguro que todos los vecinos se enteraron de la jueguita de la pequeña de los Torrent.

Toni montó a Carlos en el primer taxi que encontraron al salir a la diagonal y bajaron al Raval. Entonces, según Toni, echaron por fin un polvo en condiciones.

De vuelta al barrio, por la mañana, se encontraron a la policía al bajar del autobús.

—¿Qué? ¿De marcha, no? —les dijeron, apoyados en el coche.

—Ni puto caso, tira para adelante —le aconsejó Carlitos.

—¿Qué pasa? —dijo Toni sin hacerle caso—. ¿Os apetece sobarnos los huevos un rato?

Y entonces tuvieron la excusa que necesitaban. Los pusieron contra la pared, al lado de la tienda de Carmiña, donde todas las marujas venían ya de hacer la compra y podían verles bien, y los cachearon de arriba abajo. Afortunadamente había olvidado las pastillas que le quedaban en la casa de los Torrent, pero no fue capaz de alegrarse por ello. Lo que más le perturbó fue pensar en la jueрга que se iban a correr esas tres a su costa.

Su madre estaba más que avergonzada y decía que no podría volver a mirar a nadie a la cara, lo cual a Toni le parecía excesivo y le sugería una cierta semejanza con lo que le había pasado aquella noche, que el final de todo, Montse se había avergonzado de él. Por Toni podían irse todos a la mierda. Pero la cosa no estaba para bromas. Su padre dijo muy serio que no podía tolerar ese tipo de cosas en su casa, que si quería seguir viviendo allí entraría a trabajar en la Seat. Así que Toni cogió algo de ropa y unos discos y se largó en ese mismo momento.

Se instaló en el salón de la casa de Lupo, que vivía con otros dos tíos, pero no terminaba de estar a gusto. Sufría la misma carencia de intimidad que había padecido desde siempre en su casa. Lupo y sus colegas estaban todo el día colocados y no limpiaban nunca. Estaba todo hecho un asco y olía fatal, pero no podía permitirse otra cosa, al menos de momento.

De su casa, al poco de independizarse, le llegó la inquietante noticia de haber recibido el requerimiento para el servicio militar. Toni no tenía ninguna intención de cumplir con su obligación como ciudadano, pero tampoco quería poner nada de su parte para evitarlo de un modo razonable. Por entonces, en Barcelona empezaban a saturarse los registros de objetores de conciencia, y no resultaba difícil librarse, perdido al final de una lista. Incluso muchas instituciones empezaban también a declararse en rebeldía, y aceptaban el máximo número posible de solicitantes para un servicio civil inexistente. Pero él no estaba dispuesto a ceder un centímetro en su determinación, como habían hecho sus amigos, y se empeñaba en complicarse la vida.

—No pienso hacer nada por un estado que me maltrata —pregonaba, pero en el fondo estaba asustado.

—Vámonos a pasar el verano a Calella —le dijo Lolo un día—, tengo un colega que nos deja una casa en la playa tirada de precio.

A Toni no le gustaba nada el asunto del colega pero pensó que, dado cómo estaban las cosas en el barrio, no había mejor plan que pasar el verano tirados en la arena,

rodeados de guiris. Hizo buen acopio de material y se presentaron en Calella, con la furgoneta destartada de Lolo. El problema resultó ser que la casa en cuestión estaba fuera del pueblo, a más de tres kilómetros, y en lugar de disfrutar de la tranquila vida de una población pequeña, se pasaban el día en la maldita furgoneta, entre atascos de veraneantes, y esquivando controles de policía.

—Ya me parecía a mí raro lo de tu colega —le decía Toni—. ¿Tú crees que vamos a ligar algo con esta chatarra?

—A las guiris les gusta lo exótico —decía Lolo.

Pero lo cierto es que no se comían una rosca. Se pasaban el día tirados en la playa, mirando a las inglesas y alemanas, sin atreverse a hablar con nadie. Por la noche, cuando se habían bebido lo suyo, se aventuraban a sacarlas a bailar en las discotecas, y a base de pastillas y de invitarlas a copas, a veces conseguían algo. Entonces volvía el problema de la casa, todas se negaban a subir con ellos a la furgoneta y si tenían suerte acababan en la playa, arreglándose como podían.

A través de los años Toni terminó pensando que aquella no fue una mala época, pero en aquel momento no se lo parecía tanto. El negocio no era tan productivo como había imaginado, cada noche se iba por un lado lo que entraba por el otro, y él se sentía miserable como una rata.

Un día se decidieron a hablar a unas chicas en la playa. Eran inglesas. Una de ellas se llamaba Victoria,

una pelirroja de piel como la nieve y pecas diminutas. A Toni le parecía preciosa, y como no entendía ni una palabra de lo que decía, le resultaba adorable. Lolo era el intérprete oficial, igual hablaba inglés, francés que italiano, pero al final no se enteraban ni de la mitad. No consiguieron quedar con ellas aquella noche, pero al día siguiente allí estaban, en el mismo sitio, como si les estuvieran esperando. Y empezaron a entablar una amistad playera. Al llegar el viernes por fin aceptaron una cita, y era su última noche en España. Toni le dijo a Lolo que había que coger una pensión en el pueblo, pero no consiguieron encontrar nada libre.

—Espérame en el bar de la esquina —le dijo Lolo.

Toni pidió una cerveza y salió a la terraza. A los dos minutos apareció Lolo montado en un Seat Ibiza, con todos los extras. Toni no se lo podía creer y no sabía si subir al coche o salir corriendo, pero qué demonios, pensó que bien valía la pena correr algún riesgo, la pelirroja le había gustado de verdad.

Por fin les salió la noche redonda. Bailaron y se besaron toda la noche. Al amanecer las llevaron a la casa en su flamante Seat Ibiza e hicieron el amor sin ponerse perdidos de arena. Victoria le clavaba las uñas en la espalda con una pasión que le volvía loco. Y cuando las dejaron en el pueblo al mediodía ella le entregó un papelito azul con su dirección. Toni no supo qué dirección darle y trató de explicárselo, pero ella le selló los labios con un beso y se fue.

Los días siguientes no pudo dejar de pensar en ella. Le

ardía la espalda y todavía notaba el sabor de su piel. De repente todo había dejado de tener sentido. Pensaba en lo que Arturo le había contado de Londres, que seguro eran patrañas, pero que ahora sonaban como música en su cabeza, y barajó seriamente la posibilidad de irse allí con lo que sacase de la temporada, si es que la cosa mejoraba.

Sentía que el verano se le iba a hacer muy largo, así que decidió centrarse un poco en el negocio y dejar un poco la fiesta. Abandonaba a Lolo en cualquier sitio de madrugada y se iba andando a la casa, rememorando por el camino las marcas de las uñas de Victoria MacGraw. Estaba centrado y despejado, por eso no comprende cómo no se dio cuenta de lo que estaba pasando.

Ya habían visto a esos tipos por allí, en alguna discoteca, siempre estaban con una botella de agua de la mano, así que pensó que eran simples pastilleros, aunque no le dieron suficiente confianza para ofrecerles nada. Parecían españoles y gays, un mal negocio. Una noche se le acercaron en el aparcamiento de la discoteca Kalko y le preguntaron si tenía éxtasis.

—Claro, lo que queráis —dijo Toni echando mano al bolsillo.

Entonces vio una placa de policía delante de su cara. Toni pensó que aquello era totalmente injusto, pero no se le habría pasado jamás por la cabeza pegarle un botellazo como hizo Lolo. Al otro, más flojito, lo tumbó de un puñetazo. Salieron de allí a la carrera, fueron a la casa y recogieron sus cosas. En unos minutos estuvieron

en la carretera de vuelta a Barcelona y con el miedo metido en el cuerpo.

—Te lo dije, joder —protestó Lolo—. El menudeo es una puta mierda. Sólo trae problemas.

Y lo decía él, que había robado un coche para pasear a unas inglesas.

Lo pasaron en grande contando la aventura en la Posada, y esa noche Carmen volvió a morirse por sus huesos. Tanto, que accedió a echar un polvo en el local, encima de unos cartones, oliendo a humedad y a basura. Cuando se fue Carmen, Toni se encendió un cigarro y se quedó mirando al techo, en busca de una respuesta, como hacía en su casa cuando las cosas no iban bien.

Al día siguiente compró un billete de avión para Londres, puso un telegrama a Victoria y a los tres días se plantó en la estación del Puente de Londres, donde le indicaba en el mensaje, a la hora convenida. Pero quizás ella no lo había entendido, en castellano y probablemente con faltas de ortografía, porque Victoria no estaba allí.

¿Te está gustando este libro?

Puedes encontrar este y muchos otros [aquí](#).

